JOSÉ ECHEGARAY

EL LOCO DIOS

DRAMA

en cuatro actos, en prosa, original

NOVENA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

13

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

EL LOCO DIOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL LOCO DIOS

DRAMA

en cuatro actos, en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 8 de Noviembre de 1900

NOVENA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1910

A María Guerrero

y

á Fernando Díaz de Mendoza

dedico este drama, que más es suyo que mío, por los prodigios artísticos que en él han realizado.

Y ya saben sin más encarecimientos la admiración entusiasta y el verdadero cariño que les profesa

José Echegaray.

722915

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FUENSANTA	Sra.	Guerrero.
GABRIEL	Sr.	Díaz de Mendoza.
BALTASAR		Amato.
DON LEANDRO		Cirera.
MODESTO		Carsí.
ÁNGELES	Sra.	Ruiz.
DOÑA ANDREA	Srta.	Cancio.
PACO	Sr.	Calle.
DON ESTEBAN		Robles.
RAMONA	Sra.	Bueno.
BARONESA		Bofill.
SEÑORA DE ALMEIDA	Srta.	Planas (A.)
CABALLERO 1.º	Sr.	Villalonga.
IDEM 2.º		Calvo.
DOCTOR		Tatay.
RESTITUTO		Urquijo.
BASILIO		Juste.

Dos loqueros

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón muy elegante; rompimiento en el fondo, por el que se ve un jardín. La escena pasa en una rica quinta de verano, cerca de Barcelona. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON BALTASAR, MODESTO y LEANDRO

LEAN. Mucho tarda Fuensanta. Nos trata con franqueza... porque entre parientes la franqueza es natural.

BALT. Parientes... en efecto... lo somos; y muy próximos... Yo, por ejemplo, soy... ó fuí... hermano de su padre, que santa gloria haya.

MOD. Justo, su tío... Y un tío .. es un tío, ¿verdad?

BALT. (Mirándole con cierto enojo.) Usted, don Modesto, también es tío de Fuensanta.

MOD. Por parte de madre.

BALT. Usted, don Leandro, dado que tenga usted algún parentesco con mi sobrina, es tan lejano...

MOD. Muy lejano...

LEAN. Pero soy un buen amigo.

BALT. Nos invitó á pasar el día con ella...

MOD. Y á comer con ella: no hay que olvidarlo.

BALT. Justamente. Y vamos acudiendo; usted de Barcelona, (A Leandro.) don Modesto de su

quinta; yo de la mía; pronto vendrá Andrea con su hijo Paco, y vendrá don Esteban.

LEAN. Como si dijéramos, toda su cariñosa familia.

BALT Usted lo ha dicho. Y ella... se marcha de paseo sin esperarnos, ni acordarse de nosotros... No está bien, don Leandro; no está bien.

LEAN. No sean ustedes tan severos. La pobre Fuensanta está muy delicada; mucho. Lo sé por su médico. Los nervios, el corazón...

BALT. (Con interés, que procura contener.) ¿De veras? ¿Está muy enferma Fuensanta? ¿Es grande el trastorno de sus nervios? ..

MOD. (Con cierta decisión impropia de su carácter.) Déjese usted de nervios; los nervios no matan á nadie. El corazón, el corazón es lo que importa; ese puede matar en cinco minutos... ¿Fuensanta tiene algo en el corazón? (A don Leandro.)

LEAN. Mucho.

MOD. ¿Mucho? (Con ansia.)

BALT. ¿Mucho? (Con ansia mal disimulada.)

LEAN. ¡Amarguras, tristezas, anhelos, bondades, cariños, ilusiones!

BALT. Mucho es, en efecto, para un corazón solo. (Con desprecio.)

MOD. Pero con eso se puede vivir largo tiempo.

BALT Nos había usted alarmado. (Con cierta frialdad.)

LEAN. No hay motivo para alarmarse; pero sí para estar prevenidos.

BALT. No creo que tenga ninguna enfermedad grave. Hastío, aburrimiento, *espleen*; es muy rica y las riquezas al fin y al cabo cansan. (Con desprecio.)

MOD. Ya lo creo; es muy rica, inmensamente rica. (Con cierta envidia.)

BALT. ¡Una renta de un millón de pesetas! (Elevando los ojos al cielo.)

MOD. ¡Un millón de pesetas! (Protestando y hablando con pasión, con energía.) Calle usted, hombre, que no sabe usted lo que se dice. ¡Tres millones! ¡Un millón de reales al mes! ¡Doce meses, doce millones! ¡Veinticinco mil du-

ros cada quince días! ¡A poco más, dos mil duros diarios! (Con creciente codicia; cuando se habla de dinero, su tono es resuelto.)

LEAN. No será tanto; dinero y santidad...

MOD. Lo sé porque lo sé. No hace veinte días que con motivo de ese pleito, que ha sostenido Andrea contra Fuensanta, tuve que hacer el balance de la fortuna de nuestra sobrina y les aseguro á ustedes que es un fortunón! ¡Lo que se llama un fortunón! ¡Y sólido, muy sólido! ¡Una montaña maciza de oro!

BALT. Sí, es una fortuna enorme. (Pensativo.)

MOD. (Volviendo á su tono bondadoso y humilde.) Enorme.

BALT. En fin, el pleito acabó por una transacción.

LEAN. Un pleito injusto, absurdo, desatinado.

MOD. Pero peligroso.

LEAN. Ciertas reclamaciones sobre la fortuna de su hermano don Nicolás, el difunto esposo de Fuensanta, pero reclamaciones sin fundamento.

MOD. (Con dulzura.) Para pedir dinero siempre hay fundamento.

LEAN. Y para negarlo aún más.

MOD. Ello es, que en la transacción sacó doña Andrea más de cuarenta mil duros.

LEAN. Porque Fuensanta es excesivamente generosa.

BALT. La transacción fué aconsejada por ese abogadillo... ese pica pleitos (Con desprecio.)

LEAN. Poco á poco, don Baltasar; Gabriel de Medina, ni es un abogadillo, ni un pica pleitos; es un hombre de grandísimo talento.

ESCENA II

DICHOS, DON ESTEBAN por el foro

EST. Me parece que disputaban ustedes. Mal hecho. Las disputas no son higiénicas. Se altera el corazón, se enciende la sangre, se irrita la garganta... Calma, calma: todo se puede

hacer con calma en este mundo, y nada vale la pena de que se pierda. Conque saludo á todos ustedes, y ustedes dirán... (Se sienta sonriendo friamente.)

BALT. No quise ofender á nadie.

LEAN. Ustedes no le conocen, yo sí; ustedes le han conocido en algo que parece prosaico y vulgar: defender un pleito y preparar una transacción. Yo le conocí realizando una acción heróica.

BALT. ¡Tanto como eso!

LEAN. Sí, señor. Le conocí en un puerto de la costa cantábrica y en día de tempestad.

EST. Un puerto .. una tempestad... una acción heróica... Como si lo viera; el señor de Medina salvó algún náufrago, arrojándose á las revueltas olas con valor sobrehumano. (Con frialdad é ironía.) Pero perdone usted y prosiga.

LEAN. No sé para qué. Ha puesto usted en ridículo lo que iba á decir. Aquí hace reir lo que allí nos hizo llorar. Hace un momento veía yo la playa... el mar... las olas furiosas... el falucho incendiado... la pobre mujer llorando, loca, desesperada, pidiéndonos su hijo... y veía á Gabriel acercándose á la madre poniéndole cariñosamente la mano en la cabeza y diciéndole: «No llores, pobre mujer, que voy á buscar al chico » Y ella: «¡Usted! Pero, ¿cómo... cómo, cómo es posible»? Y Gabriel se echó á reir, enderezó la estatura y se nos convirtió en un gigante. Y se arrojó al mar, y luego al fuego, y trajo al niño. Y nos parecía á todos más que un hombre, ¡casi un Dios! Luego se acercó á la mujer, le recogió unas lágrimas de la mejilla y nos dijo: «Estas gotitas de llanto, que mojan mis dedos, valen más que todas las innumerables gotas de agua de ese mar tan inmenso como estúpido.» Y se marchó riendo. Conque ahora, rían ustedes también.

BALT. No está mal.

EST. Mucho ha descendido su amigo de usted. De andar entre olas y tempestades, á re-

volverse entre autos, apelaciones y minutas, hay diferencia.

LEAN. Para realizar el bien y hacer que se cumpla la justicia no hay que distinguir entre lo aparatoso y lo modesto.

MOD. No dirá usted por mí (Sonriendo.) eso de *modesto.*

LEAN. No lo digo por usted, don Modesto.

EST. De todas maneras, convengan ustedes conmigo en que, si la figura de Gabriel entre olas espumantes y llamaradas de incendiado falucho es hermosa, algo pierde de su hermosura épica vestido de americana ó de levita y presentando la minuta del pleito á Fuensanta. (Con frialdad irónica.)

LEAN. Siempre lo ridículo... No sabemos si presentará esa minuta que usted dice. Gabriel fué muy rico, y hoy tiene para vivir.

BALT. Fué muy rico y se gastó su fortuna en locuras y calaveradas. ¿No es así?

LEAN. No señor. Se gastó su fortuna en viajes: ha recorrido el mundo. En estudios y experimentos: es un sabio. En obras de caridad: es un filántropo; en suma, una gran inteligencia, un gran corazón y una voluntad incontrastable.

EST. Esos extravagantes, esos genios desequilibrados, ó acaban en un manicomio ó de repente se hacen juiciosos y se casan con una mujer millonaria.

BALT. ¿Qué? (Sin poder dominar cierta alarma.)

MOD. ¿Cómo? ¿Usted cree?...(Abandonando su tono dulce; siempre que habla de dinero cambia por completo.)

EST. No sería el primer abogado que cambiase su minuta por un acta matrimonial.

BALT. Sería una indignidad.

MOD. Sería una infamia.

EST. Sería para Gabriel una bonita operación, y sería una imprudencia por parte de Fuensanta. Yo sé que su salud es muy delicada.

LEAN. ¡También usted ha consultado con el médico sobre la *vida probable* de su sobrinita! (Con tono seco.)

EST ¿Por qué no? ¿Tan extraño le parece mi interés?

LEAN. Al contrario, me parece muy natural.

BALT. Son temores infundados de don Esteban. Fuensanta ha tenido muchos adoradores, y ella los ha desengañado á todos.

MOD. Porque tiene mucho talento, y sabe que todos ellos antes codiciaban sus riquezas que anhelaban su amor.

LEAN. Y en todo caso, para aconsejarla están sus parientes.

EST. Naturalmente. Pues mire usted, nos han calumniado.

LEAN. ¿A ustedes?

EST. Como la pobre Fuensanta siempre estuvo muy delicada, no falta quien supone que deshacemos sus bodas. ¿Comprende usted?

MOD. Con la esperanza de una herencia próxima. Figúrese usted si nosotros... ¡Pobrecilla!

BALT. Basta, señores. Todo eso da asco.

LEAN. Tiene usted razón. (Pausa.)

MOD. Me parece que viene doña Andrea con mi Angeles.

BALT. Bien está; habremos llegado todos, y Fuensanta sin parecer. Nos da esta comida para celebrar la reconciliación con la familia de su difunto esposo; conque me parece que ya debía estar aquí para recibir á doña Andrea. ¡Qué criatura, Dios santo, qué criatura!

EST. Decididamente está usted de mal humor, don Baltasar.

MOD. Lo estamos todos.

ESCENA III

DICHOS, DOÑA ANDREA, ÁNGELES

AND. Señores. . (Todos se inclinan.) Don Modesto, le entrego á usted su hija sana y salva.

ANG. Papá... (A don Modesto.)

MOD Monina... (Todos van saludando á doña Andrea.) ¿Te has divertido mucho?

ANG. No, la verdad. Paso mejor la tarde con

Fuensanta que con doña Andrea y con su hijo. (A su padre, en voz baja.)

MOD. Habla bajo, que no te oigan.

ANG. No son simpáticos y dicen unas cosas..

MOD. Por Dios, hija...

BALT. No lo niegue usted: está usted disgustada. (A doña Andrea.)

AND. Pues no lo niego; sí, estoy disgustada. (Rodean con curiosidad á doña Andrea.)

EST. ¿Por qué?

AND. Yo quiero bien á Fuensanta; aunque su conducta conmigo deje mucho que desear, la quiero bien. Pues, ¿y mi hijo, mi pobre Paco?... ¡Pobre hijo mío!... Pero no hablemos de esto. Y bien, Fuensanta es muy imprudente, muy ligera. ¿Qué creen ustedes que ha hecho hoy? Irse á pasear en carretela descubierta con ese abogadillo... el que me ha sacrificado miserablemente.

MOD. Y les habrá visto todo el mundo.

AND. Es claro. Cuando yo entré, apresuré el paso para no encontrarlos. El pobre Paco se fué á recibirlos; ya estarán en el jardín.

ANG. Pues á mí me parecía una pareja muy mona. Ella, divina; y él... vamos, tiene un no sé qué... En fin, Gabriel impone y atrae al mismo tiempo... y da un poquito de miedo.. pero un miedo tan simpático... ¡Ea, que no sé explicarme!

MOD. Calla, niña, tú no entiendes de esas cosas.

ANG. Yo digo lo que pienso. (Todos se han quedado pensativos al oir á doña Andrea; luego se dividen en grupos.)

BALT. (A doña Andrea.) ¿Usted cree que Fuensanta se ha prendado de ese intrigante?

AND. Lo temo. Es una mala persona. Y además un loco.

MOD. La pobre Fuensanta no tiene el juicio muy seguro.

AND. Pues no será, no será; para eso estamos nosotros.

MOD. En usted confiamos todos. (Esta conversación entre los tres y luego siguen paseando por la sala.)

ANG. (A don Leandro.) ¿Por qué están de mal humor?

LEAN. ¿Están de mal humor? No lo había reparado.

ANG. Sí, señor, sí. Están preocupadas, hablan en voz baja, miran con recelo. ¡Y qué caras, qué caras! No crea usted, yo me fijo mucho. Una vez que le pedí dinero á papá para comprarme un sombrero y me lo negó, sentí mucha pena y mucha rabia; pues me miré al espejo y me dió miedo mi cara; ¡qué fea!, parecía la de un pájaro de presa: así como si fuera á picar. El confesor me dijo, cuando confesé este pecado, que era la cara de la vanidad, de la ira y de la *codicia*. Pues todos tienen esa cara: la nariz se les encorva, la boca se les hunde, los ojos se les encienden, ¡qué feos! Pero papá, no; ese no; no lo digo por papá.

LEAN. Eres muy buena, pero demasiado reparona, y un si es ó no es maliciosa.

ANG. Qué sé yo... qué sé yo, don Leandro. Menos papá, todos los demás que ve usted me son antipáticos.

LEAN. Ea, y á mí también. (Con resolución cómica.)

ANG. Y nosotros, amigos.

LEAN. Muy amigos. (Riendo los dos.)

ESCENA IV

DICHOS; PACO por el fondo

PACO Felices, señores...

AND. ¿Y Fuensanta?

PACO En el jardín con el señor de Medina. Hablaron de nuestro pleito.

BALT. ¿Pero por qué no viene Fuensanta? Estar sola en el jardín con el señor de Medina...

AND. ¿La saludaste?

PACO Sí.

AND. Entonces sabe que yo la espero, y sin embargo no se apresura á venir. ¡Qué ingrata!

PACO ¡Somos tan poca cosa para Fuensanta!
ANG. Tampoco me gusta éste; siempre punzante
LEAN. Ni á mí me gusta tampoco.
ANG. Pues seguiremos siendo amigos.
LEAN. Cada vez más.
PACO Cuando se canse Fuensanta de las necedades y de las groserías de Gabriel ya vendrá.
LEAN. (A Angeles.) Yo le voy á retorcer el pescuezo á ese muñeco.
EST Pero qué, ¿le dijo Gabriel alguna inconveniencia á Fuensanta?
PACO Sí, señor. Le faltó al respeto.
BALT. ¡Delante de usted!
PACO Sí, señor.
AND. ¿Y tú lo consentiste?
PACO Yo le puse el debido correctivo.
EST. Por supuesto, con energía. (Con cierto tono algo burlón.)
PACO Me parece que sí.
AND. ¿Qué le dijiste?
PACO Una cosa cruel.
BALT. A ver.
PACO Yo le dije con entereza: «Señor de Medina; Fuensanta es Fuensanta.»
MOD. ¿Y qué más?
PACO ¿Le parece á usted poco? Ya me comprendió él: se inmutó y para disimular se echó á reir.
AND. ¿Y Fuensanta?
PACO Quiso disimular también, porque la situación era violenta para todos.
LEAN. ¿Y también se echó á reir?
PACO Justamente. ¿Qué hubiera usted hecho á estar presente?
LEAN. Lo mismo; echarme á reir. (Él y Angeles se ríen.)
ANG. Y yo también.
PACO Mamá, me parece que don Leandro y Angeles se ríen.
AND. Es que les habrá hecho gracia tu salida. ¡Tienes unas ocurrencias!
PACO Mamá, sospecho que Fuensanta no me quiere.
AND. ¡Ya te querrá! ¡Ya está aquí!

ESCENA V

DICHOS, FUENSANTA por el foro

FUEN. ¡Lo que venía pensando! ¡Todos han llegado antes que yo! Pero ustedes son muy buenos y me perdonarán. ¿Me perdonan? (Les va dando la mano á los más próximos.)

PACO (Acercándose y dándole la mano.) Fuensanta...

FUEN. (Sin darle la mano.) A usted ya le saludé antes. (Reparando en Andrea.) Mi querida Andrea, ¿me guardas rencor? Dame un abrazo, mujer.

AND. Tú, sí que tienes que perdonarme... yo no quería... pero soy pobre... tengo un hijo... Sin embargo, no soy interesada. Además ya sabes lo que son los abogados, los procuradores... en fin, me volvieron loca.

FUEN. No hablemos más del asunto. Historia antigua y olvidada; y si no estás contenta se hará lo que tú quieras.

AND. ¡Por Dios, Fuensanta! No te empeñes; yo no quiero nada; para mí nada. Si buenamente se puede hacer algo por mi Paco... si en la transacción se le puede incluir... Y si no te parece bien... se acabó... se acabó todo... los cuarenta mil duros y basta

FUEN. ¡Por Dios!... qué cosas dices: yo le hablaré al señor de Medina. Algo le indiqué antes... en el paseo. Pero estos hombres de ley... (Riendo.) el derecho y la propiedad... ¿á mí qué me importa todo eso?

BALT. ¿Habéis paseado juntos?

FUEN. Sí... llegamos hasta Barcelona.

MOD. ¿Y te divierte la conversación de Gabriel?

FUEN. ¿Qué sé yo?... Me interesa; la verdad, me interesa. ¡Es un hombre tan extraño! (Pensativa.)

EST. ¿Te es simpático?

FUEN. No sé. A veces me parece que sí; otras veces me da miedo. Es un misterio; ese hombre es un misterio. (Todos los parientes se miran y sonríen.)

BALT. Me parece que no es un misterio.

AND. (En voz baja.) Es un malvado.

FUEN. Eso no. Cuentan de Gabriel acciones heróicas.

MOD. Sí; las cuenta su amigo don Leandro.

LEAN. Las sabe todo el mundo.

FUEN. Es un hombre singular; no, no se parece á los demás hombres. Yo viajé hace años por las Alpujarras. ¡Qué rocas, qué montañas, qué naturaleza tan agreste y tan grandiosa! ¡A veces causa admiración; parece que el alma quiere salirse del cuerpo y subir á aquellas inmensidades de piedra, escaleras de gigantes para llegar al cielo! Otras veces se siente pavor, comprende uno que no es nadá y los abismos de sombra atraen. Pues algo parecido siento yo cuando estoy cerca del señor de Medina. Gabriel asombra, atrae, da miedo. Pero no explico yo bien mis impresiones. Esto que he dicho... sí; pero además es otra cosa. Figuraos que en las Alpujarras, en ese caos de piedra de que os hablaba, de pronto una roca tomara la forma de un monstruo grotesco, otra se convirtiese en un mono que me hiciera muecas, una arista gigantesca y pintarrajeada en un reptil que trepa, un tronco retorcido sobre una sima en una sierpe que se me enroscase, y de este modo se mezclara lo sublime y lo grotesco, lo que aspira á volar y lo que va por el polvo, caricias de un cielo azul y brutalidades de guijarros y pedruscos... en fin... no sé... no sé... todo esto revuelto, que consuela y que hace daño, que atrae y que repele, y que al fin enloquece, porque el pensamiento se pierde y el corazón entre encogerse y ensancharse se hace pedazos. (Cae anhelante en el sofá.)

AND. ¿Qué tienes, Fuensanta?

BALT. ¿Te has puesto mala?

MOD. ¿Es el corazón?

FUEN. Sí... el corazón.. las palpitaciones... pero no es nada... no se asusten ustedes... Es lo de siempre... ya pasará...

LEAN. ¿Va pasando?

FUEN. Ya lo creo. (Procurando sonreir.)

PACO Las enfermedades del corazón son contagiosas. (Poniéndose la mano en el pecho.)

FUEN. Pues entonces no se acerque usted á mí. (Alejándole con la mano.)

ANG. ¿Estás mejor?

FUEN. Sí, ya pasó.

AND. (Con intimidad.) Ese don Gabriel de Medina es muy peligroso; créeme, que yo tengo experiencia. ¡Muy peligroso!

LEAN. Ya empiezan á murmurar de Gabriel. No les puedo sufrir. Vamos á la terraza, Angeles.

ANG. Sí, vamos; mejor estaremos solos. Dejémosles que hablen mal del pobre joven; cuando se vayan, volvemos nosotros y hablamos bien de nuestro amigo.

LEAN. Buena idea. (Se alejan los dos hacia el fondo; los demás van rodeando á Fuensanta.)

FUEN. No te digo que no, Andrea. Gabriel es un hombre muy extraño, no lo niego. Sabe mucho, ha estudiado muchísimo y tiene tantas ideas en la cabeza, que se le revuelven unas con otras, y para los que somos vulgo resulta un ser incomprensible y extravagante. Pero su alma es muy noble, muy noble, eso sí.

BALT. Eres muy inocente, Fuensanta. ¡Eres muy cándida! Yo no sé decir las cosas en formas diplomáticas; soy á veces brutal y te diré brutalmente, que Gabriel me parece un gran farsante.

FUEN. ¡Por Dios, don Baltasar!... ¡No es usted justo!...

EST. Farsante no diré yo. Es una palabra muy dura, tienes razón, hija mía. Gabriel es un buen cómico; finge admirablemente las excentricidades del hombre de genio. Aplaudámosle, aplaudámosle todos, pero nada más, y cuando termine la comedia se le hace retirar.

FUEN. No, Gabriel no finge; su inteligencia será

caótica, su corazón será desordenado, pero siente lo que dice. Es un caballero... y es un sér superior...

AND. ¡Superior!... ¡Ay, cómo te engaña!

PACO Fuensanta, amiga mía, párese usted un poco á pensar que, si como mamá dice, Gabriel le engaña á usted... ¡Ah! entonces Gabriel es un engañador... (Como si dijera algo profundo.)

MOD. Naturalmente; eso no tiene vuelta de hoja.

FUEN. ¡Acabarán ustedes por hacer que me ponga nerviosa!

PACO Eso no, que las enfermedades de los nervios...

FUEN. ¿Son contagiosas también?... Pues váyase lejos de mí. (Con algo de burla.)

PACO ¡Me cuesta tanto! (Con dulzura exagerada.)

AND. (A don Modesto en voz baja.) (¡Qué talento tiene!)

MOD. Es una verdadera alhaja este chico.

FUEN. Pero, señor, ¿á qué había de fingir el señor de Medina todo eso que dice? ¿A qué tomarse el trabajo de representar una comedia, que si á veces es interesante y hasta sublime, otras veces es ridícula y grotesca? ¿Con qué fin?

BALT. Porque es un aventurero y codicia tus riquezas y se ha propuesto que seas su mujer. ¿Lo quieres más claro?

FUEN. (Levantándose.) ¡Jesús, qué idea! Callen ustedes, por Dios.

BALT. Antes de declararse, quiere tenerte dominada, alucinada, vencida.

FUEN. ¡Pero si más bien me trata con despego, con descortesía y con brutalidad, que con cariño!

MOD. ¡Es listo!

EST. ¡Muy listo!

BALT. ¡Es de cuenta!

AND. ¿Qué tal? (Se miran unos á otros sonriendo.)

FUEN. Pero si es imposible. Ahora mismo, cuando paseábamos por el jardín, revoloteó por delante de mí una mariposa muy linda, y yo instintivamente, con la sombrilla que llevaba abierta, quise cogerla; fuí torpe, lastimé

al animalillo y se calló al suelo. ¡Cómo se puso Gabriel!... ¡qué cosas me dijo.. ¡yo creo que me llamó malvada!... Diga usted, Paco, ¿no me llamó malvada?

PACO Eso dijo, y yo...

FUEN. Salió usted á mi defensa: «¡Fuensanta es Fuensanta!» (Riendo.) Muchas gracias, Paco. En fin, que el enamorado, que ustedes suponen, me castigó de palabra muy lindamente. Yo estaba molesta y aturdida, no sabía qué contestar; si echarlo á broma ó tomarlo por lo serio; sentí que se me encendía la cara, bajé la cabeza y seguí paseando sin decir nada. Por ocultar mi turbación fuí á coger una rosa... (Riendo.) ¡Nunca se me hubiera ocurrido tal crimen! Antes de que pudiera arrancarla del tallo, me sujetó la muñeca y me dijo con tono colérico, como si yo fuera su hija ó fuese él mi maestro: «¡No se arrancan flores! ¡Deje usted esa rosa!» (Riendo.)

AND. ¡Pero tú lo sufriste!

BALT. ¡Fuensanta!

EST. ¡Por Dios, á ese punto hemos llegado!

FUEN. Si no me dió tiempo para nada. ¡Si me miraba con unos ojos que daba miedo! ¡Si me parecía que era!... ¡qué sé yo!

EST Sí, un arcángel.

BALT. ¡El arcángel Gabriel!

FUEN. No sé... no sé... (Confundida.) Ello fué de que antes de que yo desplegase mis labios, me cogió la mano y me dió un beso... en la mano, ¿estamos?... no, en la muñeca donde me había apretado antes.

AND. ¡Jesús, un beso!

BALT. ¡Insolente!

MOD. ¡Ah! (Todos se asombran de que le hubiera dado un beso y algunos se miran sus propias muñecas.)

PACO ¡No estaba yo presente... porque si no!...

FUEN. (Riendo.) Sí, le hubiera usted dicho: «La muñeca de Fuensanta es de Fuensanta», ya lo sé.

PACO Algo más acaso.

FUEN. Bueno, pues cortándome la palabra empezó

á decirme con voz muy dulce, muy dulce cosas muy singulares. «Fuensanta, usted es muy buena, no haga usted daño á las flores, que no lo merecen; mirarlas, admirarlas, aspirar su aroma, cuidarlas mucho... eso sí; pero troncharlas, troncharlas, ¡no! separarlas de su tallo, ¡no! No, Fuensanta... Las flores tienen vida, hija mía, (Riendo.) su savia es su sangre, su aroma su aliento, y arrancarlas de su tallo es darles muerte, y es una crueldad, ¡un crimen! créame usted: por Dios, créame usted.» Y me oprimía cariñosamente la mano.

AND. ¡Ah! ¡Infame!... (Todos se indignan. Paco aprieta los puños.)

FUEN. Yo empecé á decirle con tono sumiso: «Era para ponérmela en el pecho...»—«¡En el pecho!... ¡en el pecho la rosa tronchada! ¿Qué diría usted, criatura ciega, si un sér poderoso, un sér superior, yo por ejemplo, entrase en un salón resplandeciente de luz y lleno de mujeres hermosas.. rubias, morenas... con sus peinados caprichosos, con sus cuellos desnudos y flexibles, y al ver aquellas flores humanas, vibrantes de luz, de aromas, de sonrisas, dijese para mí... lindísimas... lindísimas... las quiero... las quiero, voy á coger unas cuantas... y ¡*ras*! tronchase un cuellecito, y arrancase una cabecita... y ¡*ras*! arrancase otra... y otra... y otra... y haciendo un precioso y ensangrentado manojo me lo pusiera en el ojal de *mi frac* de sér superior? Eh, ¿qué diría usted, Fuensanta?»—«Diría, le repliqué, que era usted un monstruo y un bárbaro.»—«Pues eso pienso yo de usted cuando arranca flores», me contestó con mucha calma; me saludó respetuoso y se fué.

BALT. ¿Quiere usted más prueba de lo que hace un momento le decíamos?

AND. Eso no lo hace más que un loco ó un gran tunante. (Todos la rodean solícitos y cariñosos, como para librarla de un gran peligro.)

BALT. Un tunante que ha comprendido tu carácter y que quiere apoderarse de tu imaginación.

MOD. Hipnotizarla, eso es lo que quiere.

AND. No, hija mía, no te dejes sngañar. Págale su *minuta* y que se vaya.

BALT. Y aquí estamos nosotros en todo caso.

PACO Aquí estoy yo.

AND. Aquí está Paquito.

FUEN. Ya, ya lo veo.

MOD. Todos, todos estamos. (Con solicitud, con afán, rodeándola.)

EST. Y él también está. (En voz baja y señalando hacia el fondo, donde se ha presentado Gabriel, deteniéndose un momento. Detrás de él entran don Leandro y Angeles. Todos se van alejando de Fuensanta, menos Andrea que se queda hablando con ella.)

ESCENA VI

FUENSANTA, DOÑA ANDREA, ANGELES, DON LEANDRO, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON MODESTO, PACO y GABRIEL inmóvil en el fondo

GAB. (Con voz dulce y humilde.) Fuensanta. (Ella hace como si no le oyese y sigue hablando con Andrea.)

BALT. ¡Con qué familiaridad la trata! ¿No oye usted? (A don Esteban.)

GAB. Fuensanta... (Como antes.)

EST. Ya... ya.. (A don Baltasar.)

GAB. Fuensanta... ¿no quiere usted contestar?... ¿Está usted enojada conmigo?

FUEN. ¡Ah!... (Volviéndose.) Dispense usted... ¿Decía usted?... (Con frialdad.)

GAB. ¿Si me guardaba usted rencor?

FUEN. ¿Yo?... No comprendo... ¿Por qué? (Exagerando la frialdad y la cortesía.)

GAB. Abajo... en el jardín... cuando paseábamos juntos... me parece que dije algo poco conveniente... no sé qué.. no recuerdo... pero tengo una idea vaga de que le hablé á usted en tono duro.

FUEN. ¡Ah!... No recuerda usted... pues yo tampoco... serían cosas indiferentes... (Gabriel se queda pensativo.)

BALT. ¡Qué insolencia de hombre!

MOD. Algo... algo insolente es.

PACO ¡Es intolerable!

GAB. Perdóneme usted, Fuensanta.

FUEN. No sé por qué .. pero en fin... si usted se empeña... Está usted perdonado...

GAB. Gracias. (Volviéndose á los demás.) Gran cosa es el perdón, señores míos. (Cambiando de tono.) Cuando yo perdono siento una alegría tan grande... tan grande... Por eso Dios no se cansa de perdonar; no se cansa; no lo duden ustedes.

EST. No lo dudamos.

GAB. Antes decían, la *venganza* es el placer de los Dioses; observen ustedes, de los Dioses. Hoy decimos y digo yo; el *perdón* es el manjar no de los Dioses, de Dios; del único, ¿comprenden ustedes?

MOD. Sí... sí... comprendemos.

GAB. Me parece que usted no comprende mucho, no tiene usted cara de comprenderme. (A don Baltasar.)

BALT. ¡No es tan difícil... lo que usted dice... que no esté al alcance de nuestras inteligencias, por modestas que sean!

GAB. De su inteligencia, no; de su voluntad acaso.

EST. Ahora sí que no le entendemos.

GAB. Pero me entiendo yo. (Pausa.) Y tampoco ha de abusarse del perdón. Hay seres miserables, hay seres ruines á quienes conviene castigar, y castigar duro. Hace poco Fuensanta lastimó á una pobre mariposa... ¡Ah! Ahora me acuerdo; por eso la reñí á usted... cayó al suelo con una ala rota. Cuando á una mariposa se le rompe un ala, cae; cuando á un ser humano, seres malvados le martirizan, le rompen las ilusiones, también cae. Claro, con las ilusiones se vuela; cuando faltan... ¡al suelo! Pues cuando volví al sitio en que había caído el pobre animalito, allí

estaba, agitándose, haciendo esfuerzos, golpeando en la arena con la única ala que le quedaba... pero no podía subir... subir al espacio! Y una porción de escarabajos, de sabandijas, de bichos negros y repugnantes rodeaban al pobre ser para devorarlo... ¡y yo... los pisoteé... los pisoteé, los hice barro, polvo, nada! ¡El castigo! ¡El castigo! ¡También se goza castigando! ¡Porque castigar es destruir el mal, y hay que destruirlo sin tregua, sin compasión, sin piedad! ¡Ah! ¡Si yo fuera Dios!... (Con ira y violencias crecientes.) ¡El es demasiado bueno! (En voz baja y como quien dice un secreto.) Si pudiera tener algún defecto tendría éste, ser demasiado bueno.

EST. (A don Baltasar.) Yo creo que está loco.

BALT. (A don Esteban.) Comedia... comedia!...

FUEN. (A doña Andrea.) Dice cosas muy hermosas; no puede negarse.

AND. (A Fuensanta.) ¡Si nada de eso que dice lo siente: si todo es farsa!

FUEN. (En voz alta y fría.) ¿Y usted siente de veras todo eso que dice?

GAB. ¡Puesto que lo digo!

BALT. La pregunta de Fuensanta está muy en su lugar, porque á veces es difícil distinguir la verdad de la mentira.

GAB. ¡Pero ustedes qué saben lo que es la verdad ni lo que es la mentira! ¡La mentira! ¡Pues hay mentiras muy hermosas, muy sublimes! ¡Y hay verdades muy tristes, muy desconsoladoras! (Con violencia creciente.) ¡Si ustedes hacen la cuenta hallarán, que más ha progresado la humanidad á fuerza de mentiras grandes, que de verdades chicas! Lo que hay es, que una mentira si es... lo que decía antes... muy hermosa, muy grande, cátate que se hace verdad, ¡qué transformación tan divina! Y una verdad, si es ruin, miserable, fea, por arte maravilloso se hace mentira. ¡De modo que el toque está, no en ser verdad ó mentira, que esto nada quiere decir, sino en ser bueno ó malo, ruin ó grande, feo

ó hermoso, repugnante ó sublime! ¡Sea lo que sea, sea bueno, grande, hermoso y sublime, que la verdad ya os la daré de añadidura!

FUEN. Dice ese hombre cosas que hacen pensar; no me digáis que no. (A Andrea.)

AND. ¡Ah! ¡Hija mía, cómo te fascina!

PACO (A don Baltasar.) ¡Qué histrión!

GAB. Bueno, ¿y por qué decimos todo eso?

MOD. Yo no lo sé.

GAB. Usted no sabe nada; por algo es usted Modesto. (Riendo.) Es el caso que yo venía á decir algo á Fuensanta.

PACO (Acercándose.) ¿Sobre el pleito? (Fuensanta se acerca á los dos.)

GAB. No... sí... está bien. Oiga usted, doña Andrea; acérquese. (Se acercan á él Paco y Andrea: se separa Fuensanta.) ¿Quieren ustedes que les diga una verdad muy grande?... Hermosa, no diré yo, ¡pero grande, sí!

AND. Sepamos cuál.

GAB. Que todos me sobran en este momento, y ustedes con especialidad, ustedes dos, ¿estamos?

AND. Muchas gracias.

GAB. No las merezco. Oigame. Quiero hablar á Fuensanta á ver si á los cuarenta mil duros de la transacción se pueden agregar quince ó veinte mil para Paco. ¿Qué tal? (Con sorna disimulada.)

AND. Señor de Medina... (Gozosa.)

GAB. Me marcho dentro de una hora y antes quisiera dejar arreglado el asunto. ¿Eh? (Con malicia algo burlona.)

PACO ¿Pero ha de molestarse usted por nosotros?

AND. Nosotros nada hemos dicho...

GAB. Ya lo sé. Y por eso quisiera estar solo con ella. Y conviene que esos se marchen. Porque la verdad, no me inspiran confianza.

AND. Puede ser que tenga usted razón.

PACO Tal vez. (Dándole la mano.) ¡El señor de Medina es el señor de Medina!

GAB. Gracias, Paquito. (Con voz sombría.) Esos creen

que Fuensanta está herida de muerte y olfatean la herencia, y todo lo que sea mermar el caudal les duele y les disgusta.

AND. Puede ser.

PACO No digo que no. La codicia humana es mucha codicia.

GAB. Con que... (Señalándoles la puerta.)

AND. Al momento.

GAB. Y se llevan ustedes toda la gente que puedan.

PACO Descuide usted.

AND. (Acercándose á Fuensanta.) Con tu permiso, querida, vamos á ver Paco y yo el jardín y el parque. *¡Hace dos años* (Fingiendo tristeza.) que no hemos paseado como antes solíamos, por sus bosques y enramadas, y dicen que es *una divinidad!*

FUEN. (Preparándose para acompañarles.) Sí... buena idea.

AND. (Deteniéndola.) No, niña mía, tú te fatigarías. Don Leandro y Angeles nos acompañarán. (Don Leandro y Angeles, que estaban en el fondo, se acercan.)

ANG. Ya lo creo, con mucho gusto.

LEAN. Estoy á sus órdenes.

AND. Pues vamos allá. Hasta luego. No nos olvide usted. (A Gabriel; éste se inclina.)

ANG. Vamos, vamos... verán ustedes... es un paraíso...

PACO ¡Ay! El paraíso está más cerca. (Salen doña Andrea, Angeles, Paco y don Leandro.)

ESCENA VII

FUENSANTA, GABRIEL, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON MODESTO. Gabriel lleva aparte á don Modesto; los demás forman grupos, hablan, pasean, etc., etc.

GAB. Dos palabras, amigo don Modesto.

MOD. Las que usted quiera.

GAB. No, muy pocas. Porque ya eché fuera á los

que se han ido y ahora quisiera echarle á usted.

MOD. ¡Hombre!... ¡Echarme á mí!... ¿Acaso estorbo?

GAB. Pues si no estorbase usted, ¿sería yo capaz de privarme de su interesante presencia?

MOD. Me parece que no.

GAB. Luego es un hecho lamentable, pero positivo, que me estorba usted.

MOD. Bueno, pues en ese caso... (Con humildad y preparándoae á salir.)

GAB. Su amabilidad de usted le hace digno de mi confianza. Don Modesto, dentro de una hora me voy.

MOD. ¿Se va usted? (Sin poder contener la alegría.)

GAB. No sea usted ingrato; usted se alegra de que yo... desapareza.

MOD. Le aseguro á usted... por Dios... pensar de mí... Don Baltasar y don Esteban, eso sí; le tienen á usted ojeriza; pero yo... yo... yo siempre he dicho que es usted un perfecto caballero, un hombre de mucho talento y una persona simpática, muy simpática.

GAB. Mil gracias, amigo mío queridísimo.

MOD. ¿Y se va usted muy lejos?

GAB. Muy lejos.

MOD. ¿Y para mucho tiempo?

GAB. ¿Quién lo sabe? El porvenir es un misterio, lo pasado otro misterio... y el presente... el presente no es nada. De manera que yo quisiera despedirme á solas de Fuensanta... para terminar el asunto del pleito.

MOD. Bien, muy bien... (Querrá presentarle la minuta.) Magnífico. (Gracias á Dios que se va.) Pues les dejo á ustedes y me llevo á don Esteban. Con don Baltasar no me atrevo. Es muy atrabiliario.

GAB. De ese me encargo yo.

MOD. Don Esteban... permite usted .. tenemos que hablar...

EST Con mucho gusto.

MOD. Hasta luego, Fuensanta; nos vamos también al jardín.

FUEN. Están ustedes en su casa... libertad completa hasta la hora de comer.

MOD. (Llevándose á don Esteban) ¡Gran noticia... se va!... Es una gran persona el señor de Medina

EST. ¿De veras?... Tanto mejor. (Salen los dos.)

ESCENA VIII

FUENSANTA, GABRIEL y DON BALTASAR

GAB. Si usted lo permite... (A Fuensanta.) quisiera decir algo muy interesante á don Baltasar.

FUEN. ¡También á don Baltasar!... Parece que tiene usted secretos con todos. (Se va hacia el fondo.)

GAB. Y con usted también. Ya le llegara su turno.

BALT. ¿Tenía usted que decirme algo?

GAB. (Con tono duro.) Sí, señor; lo que les he dicho á los que se fueron.

BALT. ¿Y qué les dijo usted?

GAB. Que tengo que hablar con Fuensanta. Que me estorbaban, que se fuesen de aquí.

BALT. ¡Señor mío!

GAB. Pero á los demás, como son, hasta cierto punto, nada más que hasta cierto punto, inofensivos, les hablé en tono amable, amistoso, cariñosísimo; á usted es distinto. Tiene usted fama de mal carácter, de violento y hasta de espadachín. En suma, que me es usted profundamente antipático, y no tengo para qué esforzarme en fingir lo que no siento. Conque, procure usted complacerme; esto me parece que lo he dicho en forma bastante cortés.

BALT. Yo no sufro amenazas ni sufro imposiciones. ¡Me dará usted una satisfacción! (Todo esto con voz vibrante, pero baja, de modo que no se entere Fuensanta)

GAB. ¡Una satisfacción; pero usted no está en su

juicio! Conque le digo á usted que me es profundamente antipático, ¿y pretende usted que le dé satisfacciones? ¡En tal caso disgustos!

BALT. ¡Señor de Medina!

GAB. ¡Sí señor, muchos disgustos! ¡Que muchos tengo que darle en esta vida! ¡Yo soy profeta! ¡El espíritu divino me inspira á veces! ¡Oh! ¡Yo lo sé, yo lo sé, y usted se irá convenciendo! ¡Conque cuenta conmigo, cuenta conmigo! (Con ira profunda.)

BALT. No quiero provocar un escándalo en presencia de Fuensanta; pero hablaremos luego. Yo le buscaré.

GAB. Pues ha de darse usted prisa, porque antes de una hora me voy á Barcelona y antes de dos horas me embarco para América, y Dios sabe cuándo nos volveremos á ver.

BALT. ¡Ah!... se va usted... para siempre... ¡Es usted un hombre original! (Se aleja riendo.)

GAB. Y en gracia á la noticia me perdona el insulto, ¿no es eso?

BALT. Yo no perdono.

GAB. Yo á veces... porque soy quien soy... pero á usted no es fácil que le perdone.

BALT. Creo que tienes razón; no está usted muy cuerdo. (A Fuensanta.) Te dejo con el señor de Medina (En voz baja.) Por un concepto ó por otro, cuerdo ó loco, es peligrosísimo. Cuidado, Fuensanta, cuidado. (Sale.)

GAB. (En voz alta á Fuensanta.) Ya estamos solos.

ESCENA IX

FUENSANTA y GABRIEL. Gabriel se deja caer en una butaca y queda como distraído repitiendo maquinalmente la misma frase

GAB. Ya estamos solos. Sí... ya estamos solos.

FUEN. (En pie, contemplándole con curiosidad. Aparte.) ¡Qué hombre tan extraño! Y me interesa, me interesa mucho. ¿Qué siento por él? No lo sé-

Amor, curiosidad, miedo, ¿ó todo esto á la vez? ¿Quién sabe?... Bueno; ya estamos solos. (El la mira sin levantarse; ella se acerca impaciente.)

GAB. Es verdad, ya se fueron todos.

FUEN. ¿Deseaba usted hablarme?

GAB. Deseaba estar solo con usted.

FUEN. ¿Para decirme algo, sin duda?

GAB. Para estar solo. Para contemplarla... para admirarla... para adorarla... pero á solas, sin que gente extraña, seres vulgares, acaso seres infames, profanen mi adoración. Cuando era niño y estaba en brazos de mi madre y alguien entraba, sentía una ira horrible contra los que venían á interrumpir sus caricias. Cuando fuí hombre, al devorar alguna obra de las que ha creado el genio de la inmortalidad, ¡qué furor tan ciego se apoderaba de mí contra el amigo que llegaba á interrumpir mi lectura! Cuando estoy oyendo una música divina, la prosa de la vida con sus ruidos estridentes me enloquece. Cuando la miro á usted, el resto del universo me sobra, me molesta, me pone frenético. ¡Ruido que rompe la armonía, fealdad que embadurna la hermosura, el diablo ridículo, más mono que diablo, que se me pone á hacer gestos delante de la cruz y no me deja verla. Fuera... fuera. . fuera... lo bajo, lo impuro, lo innoble... ¡que me dejen con mi adoración y mi felicidad!

FUEN. (Riendo violentamente.) ¡Una declaración en estilo épico! ¡Sublime!... ¡Digna de usted!... ¡Cuánta poesía tenía reservada para mí el señor abogado!

GAB. (Levantándose en este momento ó cuando crea oportuno.) ¡El ridículo!... Eso no es digno de usted. ¡El ridículo!... ¡Arma vedada! ¡Unico sentimiento de que son capaces los imbéciles y los malvados! El ridículo no viene de arriba, de la suprema bondad, ni de abajo, de la maldad suprema: Satanás no es ridículo, es grande con la grandeza del mal. La prohibo

á usted que vuelva á usar usted del ridículo contra mí.

FUEN. No sé con qué derecho me prohibe usted nada. Pero acepto la prehibición, y hablaré en serio. Señor de Medina, *dudo* de usted. Y es *duda* que me duele, porque quisiera estimarle, y no sé si es usted digno de mi estimación.

GAB. Eso sí: la *duda*. Es triste, es horrible, es dolorosa; pero es *trágica*, es grande... Sí, es grande; puede usted dudar; le permito á usted dudar.

FUEN. De usted. Digo de usted; dudar de usted.

GAB. Sí, de mí. Yo valgo la pena. ¡Hay quien duda de Dios!

FUEN. Señor de Medina, seré franca; le diré á usted lo que no he dicho á nadie en este mundo: en efecto, bueno ó malo, traidor ó leal, vale *usted la pena*... de que se le quiera ó de que se le odie.

GAB. Estamos conformes.

FUEN. Dudo de usted porque dudo de todo el mundo, porque empiezo á dudar de mí misma. Yo me casé, ó me casaron, á los diecisiete años con un hombre de sesenta, porque era inmensamente rico, y estas riquezas que poseo él me las legó á su muerte. Luego yo soy un ser indigno, yo me vendí, y gozo perpetuamente el producto de la venta infame. Porque yo me casé sin amor, ni sabía lo que era amor. Por eso le digo á usted que dudo de mí. ¿Pues cómo he de creer en los demás? Si yo creyese en usted, sería su esclava. Pero si dudo de usted... le arrojaré de mi casa. Para gente que apetece riquezas, basta con lo que yo hice casi niña; para sentir desprecio, basta con el que siento por mí; no quiero sentirlo por el hombre á quien ame. Defiéndase usted ó convénzame usted, ó márchese usted para siempre.

GAB. Así, así pensé yo que era usted. En eso se funda mi adoración. ¡Qué alegría!

FUEN. Pero eso ni es convencerme ni es defenderse.

GAB. No hace falta.

FUEN. Eso es representar una comedia y tener siempre pronta la réplica; pero no es otra cosa.

GAB. Eso es amarla á usted como no sería nadie capaz de amarla. (En voz baja.) Tendría usted que buscar seres celestiales, y de rodillas había usted de pedirles «ámame como me ama Gabriel», y no podrían. Ser divino, ser frágil, espíritu que tiemblas al rozar con la materia, *fuente* que aunque de la tierra impura brotas, eres *santa* ¡mi Fuensanta!, buena ó mala, como seas, yo te quiero por mía... ¡y serás mía!

FUEN. Señor Medina, me parece que aumentan mis dudas... y en fin, mi dignidad me obliga á poner un término á esta conferencia.

GAB. Como usted ordene: yo ya dije lo que quería decir. ¡Ah, no... algo me falta!... (Como recordando.) Sí... esto: que deseaba despedirme de usted, porque hoy mismo me embarco en Barcelona para América.

FUEN. ¿Se va usted? (Con enojo y dolor.)

GAB. No le dé á usted pena; volveré.

FUEN. (Procurando sonreir.) Será usted un gran hombre, pero es usted muy presuntuoso. ¿Quién le ha dicho á usted que ha de apenarme su ausencia?

GAB. Usted, usted misma; su voz tiembla, su sonrisa forzada; quiere usted fingir indiferencia, desprecio, y no puede. No se apure usted. Su falta de aptitudes para la mentira es una perfección más de mi Fuensanta.

FUEN. Basta... basta ya.

GAB. Como usted ordene. Y me despido de usted. (Tendiéndole la mano.)

FUEN. ¿Y por qué se va usted?

GAB. Por usted.

FUEN. ¡Por mí!

GAB Para tranquilizar á usted; para devolverla toda su confianza en mi cariño; para disipar sus dudas.

FUEN. Muchas gracias... pero no comprendo.

GAB. ¡Oh! Son pequeñeces... miserias... prosa de

la vida... Usted es rica; yo no lo soy. Voy a buscar la riqueza, y cuando vuelva poderoso, ya no tendrá usted para qué atormentar su espíritu con cavilaciones indignas de usted y de mí.

FUEN. ¿Pero usted?

GAB. Sí; yo volveré inmensamente rico. Voy á poner en explotación unas minas de California; en dos ó tres años á lo sumo... millonario. ¡Oh! Esto, para un hombre como yo, es cosa facilísima.

FUEN. De modo que es usted un ser omnipotente. (Con burla.)

GAB. Casi, casi. Digo casi por modestia, para tener esa perfección más.

FUEN. ¡Un ser perfecto! (Riendo.)

GAB. ¡Qué remedio! ¿Por qué he de negarlo, si lo soy?

FUEN. Y siendo tan perfecto usted, ¿cómo pudo enamorarse de un ser tan imperfecto como soy?...

GAB. Por eso mismo. Porque soy más perfecto que usted.

FUEN. ¡Ah!... (No sabe si reir ó enfadarse. Al fin da una carcajada.)

GAB. No se ría usted; es la verdad. Por un ser *más perfecto*, más poderoso, más alto que uno mismo, se siente respeto, admiración, devoción, cariño filial; pero no amor ardiente, inmenso, divino. A los seres que nos son inferiores en algo, á nuestras criaturas, á nuestros hijos, á esos sí que les queremos con amor sin límite: hasta el sacrificio, hasta el crimen, hasta la muerte, hasta la nada. ¿Qué cree usted, que el *Hombre Dios* se hubiera sacrificado por otro Dios, dado que hubiera podido existir otro Dios como él? No; por el hombre imperfecto, débil, lleno de miseria, corroído por el pecado, amenazado de condenación; por el hombre, sí. Por el hombre, sí. ¡Por el hombre muere un Dios en cruz; por otro Dios no hubiera muerto!

FUEN. ¡Vamos... no dirán aquellos que me adula usted! ¡Es una declaración original!

GAB. Aquéllos... aquéllos... Ya le diré á usted, cuando estemos más despacio lo que son aquéllos.

FUEN. Unos miserables. ¿No es eso?

GAB. Provisionalmente puede usted suponer que lo son. Y ahora, ya que me he despedido de usted, debo despedirme de ellos. (*Se acerca á un timbre y le toca. Aparece un criado.*) Avise usted á todos esos... A las señoras y á los señores... que vengan, que tengo que despedirme. (*Vase el criado.*)

FUEN. No acabo de comprender á usted.

GAB. Es muy difícil; tiene usted razón. Yo no he acabado de comprenderme todavía.

FUEN. ¿De veras?

GAB. De veras. ¿Qué soy yo? ¿Quién soy yo? Aquí hay un secreto. (*Oprimiéndose la frente.*)

FUEN. ¿Habla usted formal?

GAB. Sí. Yo soy... un problema.

FUEN. ¿Para cuando usted vuelva, lo habrá resuelto? (*Con cierta ternura.*)

GAB. De seguro.

FUEN. ¿Y me revelará usted su secreto?

GAB. Lo juro.

FUEN. ¿Cuándo?

GAB. El día de nuestras bodas.

FUEN. ¡Otra vez! (*Riendo.*)

ESCENA ULTIMA

FUENSANTA, GABRIEL y todos los demás van entrando

GAB. Señoras... señores... mi despedida. Les entrego á ustedes esa mujer. Les conozco á ustedes lo bastante para adivinar que, durante mi ausencia, la atormentarán sin descanso, sin escrúpulos, sin piedad. (*Movimiento de indignación y murmullos de protesta en todos.*) No importa: es una prueba por la cual tiene que

pasar Fuensanta. Adiós; volveré para hacerla mía. (A todos) A rodearla y á ir apretando los tornillos del tormento. Adiós, Fuensanta... mi amor... á sufrir y á esperar. (Atraviesa por entre todos, se vuelve, mira á Fuensanta y sale entre movimientos y protestas de indignación y amenazas. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena pasa en un palacio de Fuensanta, situado en Barcelona y dominando el puerto. Representa el salón principal de una de las torres del palacio y tiene la forma de una galería cerrada por cristales, desde la cual se ve el mar, el cielo y un ancho horizonte. El fondo en ángulo entrante: la parte de la izquierda con una gran puerta, la principal; la de la derecha toda de cristales dando vista al mar. A derecha é izquierda del término anterior, puertas que conducen á las habitaciones de Fuensanta, á una sala de billar y á otros salones. Muebles y adornos de mucho lujo. Es de día. La caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

DON MODESTO, ÁNGELES y un CRIADO

CRIADO — La señora está en sus habitaciones... pasaré recado.

MOD. — No; no hay que molestarla; esperaremos, según costumbre, que ella salga. Retírese usted. (El Criado se inclina y se retira.)

ANG — Hace dos días que no veo á Fuensanta. ¿Por qué no me has traído? ¿Es que estaba peor?

MOD. — No, hija, no... Está buena; es decir, buena ya sabes que no... muchos caprichos, muchos mimos.. de mujer hermosa, rica y querida de todos nosotros... porque nosotros no podemos hacer más por ella, ¿verdad, monina?

ANG. — Yo creo que sí, que podíamos hacer más.

MOD. ¿Pues qué podíamos hacer? (Con asombro.)

ANG. Dejarla tranquila.

MOD. ¿Tú crees que la molestamos? ¿Hay parientes más cariñosos?

ANG. No sé. . no sé... me parece que sí.

MOD. ¿Pues no procuramos adivinarle los deseos? Abandonó su quinta preciosísima y vino á su palacio de Barcelona; pues á Barcelona todos nosotros. Se cansó de las habitaciones principales y subió á esta especie de torre; nosotros á la torre: viene á esta sala, se sienta frente á ese mirador á contemplar el puerto; nosotros á su alrededor: comer, nunca come sola; almorzar, siempre la acompaña alguno de nosotros. Nos distribuímos el día y la noche y nunca faltamos dos ó tres parientes en este palacio ó en esta torre.

ANG. ¡Pero eso es horrible, papá! Es el asedio de una plaza sitiada, como dice don Leandro.

MOD. ¡Ah! ¿Eso dice? ¡El asedio!... ¡Conque el asedio!

ANG. Yo no sé bien lo que quiere decir don Leandro; pero algo adivino. *El asedio* es molestar á la gente, ¿no es eso? Pues mira, papá; lo que hacen ustedes con Fuensanta es para que se vuelva loca. ¡Ea! Tanta solicitud empalaga. Yo les daba á todos ustedes, es decir, á ti no; pero á los otros les daba con la puerta... (Haciendo el ademán.) Y aunque ella tiene muy buen carácter, por ahí concluirá, por darnos á todos... (Como antes.)

MOD. Si la dejásemos sola... ¡se moriría de tristeza!

ANG. ¿Pues qué más quiere ella que estar sola, con sus pensamientos... con sus recuerdos... con sus cartitas?... (Con cierta malicia.)

MOD. ¿Eh? ¿Con sus cartitas?

ANG. Sí... con las cartas... de aquél... del otro... del de allá... ¿pero tú crees que yo no sé nada?... ¿O que soy boba?

MOD. Tú sabes más de lo que debieras saber...

ANG. Mira, es una cosa muy curiosa... ella sentada en el centro de esta sala como dormida...

pero no duerme y toda su simpática parentela rodeándola y con la vista clavada en la pobrecita. Don Baltasar, como tiene tan mal genio, *mirándola* con sus ojazos de tigre, que á la menor contradicción se le inyectan de sangre. Don Esteban, muy amarillo, muy amarillo, con su sonrisa falsa, *mirándola* fijamente con sus ojillos pajizos. Doña Andrea, fingiendo siempre pena, porque dice á todo el mundo que su Fuensantita se le muere, *mirándola* con los ojos llenos de lágrimas, que no son lágrimas, sino que como va para vieja tiene los ojos tiernos. El tontaina de Paco entre suspiro y suspiro, mirándola con los ojos en blanco como los de una estatua de yeso. Y ella sin reparar en los ojos encarnados, ni en los amarillos, ni en los tiernos, ni en los blancos que la asaetean, mirando al mar con los ojos azules, por si llega al puerto el hombre de los ojos de fuego. ¿Vamos á ver á Fuensanta?

MOD. Vé tú sola. Yo no me atrevo. ¡Nos pone á todos tan mala cara!

ANG. Es natural. No... chitón... perdona... me voy allá dentro... y si está de buen humor, te llamo... ¿verdad?.. Adiós. (Sale por la derecha primer término.)

ESCENA II

DON MODESTO. Después un CRIADO

MOD. ¡Vaya, vaya, que estas niñas de la nueva generación estudian con el diablo! El diablo siempre fué gran maestro y nunca le faltaron discípulos. ¿Quiénes estarán de guardia? Porque no hay duda que montamos la guardia por riguroso turno. (Toca un timbre.)

CRIADO ¿Ha llamado el señor?

MOD. Sí. ¿Quiénes son los que están ahí dentro?... porque alguno habrá venido...

CRIADO Sí, señor, doña Andrea y su señor hijo.

Siempre les toca venir á esta hora y están... hasta la hora de la comida.

MOD. Inclusive.

CRIADO Sí, señor.

MOD. Pues dígales que estoy aquí, á ver si salen... ó si quieren que entre yo.

CRIADO Al momento. Están en el salón de lectura viendo Ilustraciones.

MOD. Bueno. (El Criado sale por derecha segundo término.) Prefiero encontrarme con ellos á encontrarme con don Baltasar; es un tigre. ¡Ah!... Ya vienen.

ESCENA III

DON MODESTO, DOÑA ANDREA y PACO. El Criado que pasa y sale por la izquierda

AND. Salud, don Modesto. (Paco le da la mano sin decirle nada y se va al fondo á sentarse de frente al cierre de cristales.)

MOD. Mi señora... Paquito...

AND. Hay novedades. (Con misterio.) Se aproxima la crisis, según me dicen.

MOD. ¡Sí!

AND. Nuestro hombre vuelve... ¿Cuándo?... ¡No lo sé...! Pero vuelve nuestro hombre.

MOD. ¡Hombre... hombre!...

AND. ¡Pobre criatura! (Señalando hacia la estancia de Fuensanta.) Entre todos la van á matar. ¡Podía ser tan feliz mi pobre Fuensanta... y podía ser tan feliz aquel hijo mío...! (Señalando.)

MOD. ¿Es también desgraciado?

AND. La pasión le consume: no come, no duerme.

MOD. Ahora sí... me parece que sí... me parece que duerme.

AND. Mire usted, una criatura como Fuensanta, nerviosa, idealista, soñadora, ¿qué necesitaba?

MOD. Un marido soñador.

AND. Aquel insensato, aquel aturdido...

MOD. ¿El señor de Medina?

AND. Justo. El señor de Medina concluye con Fuensanta... nos la mata.

MOD. ¿Antes de casarse con ella? (Pausa.)

AND. No, después.

MOD. ¡Qué desgracia sería!

PACO Mamá, me voy abajo.

AND. ¿Por qué?

PACO Porque aquí no se puede estar. Hay mucha luz... y siento mucho calor...

AND. ¿Pero no ves á Fuensanta?

PACO La veré á la hora de comer. Porque comeremos con ella, ¿verdad?

AND. Claro está.

PACO Bueno, pues hasta luego.

AND. ¿Te duele verla desdeñosa, pobre hijo mío?

PACO Sí... me duele... y prefiero verla en la mesa... porque en la mesa no me trata mal.

AND. ¿Y no la digo nada de tu parte?

PACO Sí... La dices... algo triste... algo tierno... algo nuevo... «La caída de la tarde es como la caída de las hojas... y las hojas son como las ilusiones...» Te comprenderá. Adiós, don Modesto, ¿no quiere usted acompañarme? Tomaremos un poco de caviar... prepara muy bien... y abre el apetito.

MOD. Mil gracias: tengo que hablar con su madre de usted.

PACO Bueno... como usted guste. Esa luz me es antipática... y esta sala me es antipática... prefiero el comedor.

ESCENA IV

DOÑA ANDREA y DON MODESTO

AND. El pobre chico está desesperado: una desesperación profunda Finge... se domina...

MOD. Se domina muy bien.

AND. ¡Ah! Tiene un gran carácter. No comprende Fuensanta lo que vale Paquito. Ni toda esa gente lo comprende tampoco. Nos hacen una guerra á muerte. Pues yo afirmo, que se-

ría acto de justicia y de moralidad, que la fortuna de Fuensanta, que fué de nuestra familia, volviese á nuestra familia, ¿no le parece á usted? ¿No lo siente usted así?

MOD. Sí, señora, sí. Ya lo creo que lo siento.

AND. Don Modesto, causa dolor y repugnancia la codicia de ciertas personas. Cuando hace dos meses tuvo Fuensanta aquel ataque al corazón, se empeñaron don Baltasar y don Esteban *en que se moría.* Y habían resuelto obligarla á que hiciera testamento. ¡Qué crueldad! Y además una cosa completamente inútil.

MOD. Para usted sí, porque usted heredaba como pariente del difunto. Para ellos... para ellos... hay que poner las cosas en su punto... no era inútil. Falta de caridad y de cariño, eso sí... eso sí. . pero inútil no, era una precaución utilísima.

ESCENA V

DICHOS, un CRIADO, DON BALTASAR y DON ESTEBAN

CRIADO Don Baltasar... Don Esteban... (Anuncia y se retira cuando entran.)

EST. Felices días.

BALT. (Con mal humor.) Felices tardes.

AND. ¡Oh, mis buenos amigos!... (Les da la mano.)

MOD. Un poco tarde llegan ustedes.

EST. La hora de costumbre.

BALT. ¿Y Fuensanta?

AND. En su cuarto con Angeles.

BALT. Siempre lo mismo: huye de nosotros. ¡La ingratitud humana! Esta lucha me fatiga.

AND. Pues conmigo está muy amable.

BALT. Señora... usted trabaja por su cuenta y por cuenta de su hijo.

AND. ¡Yo!... No comprendo.

BALT. Soy un espíritu recto, recto como la hoja de una espada. Soy un hombre desinteresado, las cuestiones de... de interés me repugnan.

EST. Completamente recto y desinteresado, créalo usted, don Modesto.

BALT. ¿No lo cree usted así, don Modesto?

MOD. ¡Cómo no!... ¡Quién lo duda! ¡Créalo usted, doña Andrea!

BALT. Bueno, concedo mi protección á Fuensanta, porque es una pobre mujer, abandonada, débil, crédula, enferma, acaso herida de muerte, y porque es mi sobrina; es decir, que somos de la misma sangre.

MOD. También nosotros.

EST. Somos, pues, una familia, y esto impone deberes.

BALT. Nos opusimos... me opuse á su matrimonio con Gabriel porque era una imprudencia, una locura, acaso una infamia. Y yo en estos casos me convierto en un caballero de la andante caballería.

EST. ¿En un caballero de qué?

BALT. Caballero andante.

EST. ¡Ah! Sí... adelante.

BALT. Y bien, doña Andrea, yo declaro aquí solemnemente, enérgicamente, definitivamente, (Con energía cada vez mayor.) que como me opuse al matrimonio de Fuensanta con el señor de Medina, me opondré al matrimonio de Fuensanta con su hijo de usted. He dicho.

AND. ¿Por qué?

BALT. Porque sería una locura.

AND. ¡Y también una infamia!

BALT. Si no me hostiga usted.. no diré tanto.

AND. Y haría usted bien... aunque le hostigase.

BALT. ¿Por qué?

AND. Porque no lo toleraría.

BALT. (Con burla.) ¡Y lo toleraría Paquito!

AND. ¡Don Baltasar!

BALT. ¡Doña Andrea!

EST. ¡Calma, señoras y señores!

MOD. Eso digo yo... Calma... Realmente no hay motivo...

EST. ¡La guerra civil.. ¡La lucha más funesta! Todos animados del mismo deseo, deseo noble; todos velando por esa criatura, y, sin

embargo, llevados de un exceso de celo, nos dividimos, nos ofendemos... ¡Qué más, dudamos de nosotros mi-mos! ¿Puede nadie dudar de la caballerosidad de don Baltasar? (Todos dicen enérgicamente que no dudan.) ¿Puede nadie dudar de los móviles puros de doña Andrea? (Lo mismo que antes.) ¿Duda nadie del carácter dulce, desinteresado y modesto de don Modesto? (Las mismas protestas de confianza.) ¿Y de mí, quién duda?

MOD. ¡Nadie!

AND. ¡Por Dios, don Esteban!... Nadie.

BALT. Bueno, pues nadie. (Con mal humor.)

EST. Entonces estrechemos las filas, porque el peligro es mayor de lo que ustedes imaginan.

AND. ¿Sí? Algo sospechaba yo.

BALT. ¿Cómo?

MOD. ¡A ver!

EST. Sé que Gabriel vuelve; salió en su *yacht;* y no sé cómo no está ya aquí.

AND. ¿Vuelve rico?

EST. ¡Poderoso! Nunca fué pobre; pero como es una cabeza descompuesta, tenía su fortuna en dispersión, sus riquísimas minas de California abandonadas, olvidados sus negocios. Le entró la fiebre de la riqueza: fué, trabajó, luchó... y como es hombre de unas facultades excepcionales, en un año se hizo millonario. Y así vuelve; conque ahora disputen ustedes.

BALT. Pues venga como quiera, la fortuna de Fuensanta no será suya. Es decir, Fuensanta no será suya, que yo no defiendo el caudal, sino la felicidad de mi sobrina.

AND. ¿Y ustedes creen que viene á buscar á Fuensanta? ¿Que le dura aquel capricho?

MOD. Sí, señora, sí. Todo este tiempo han estado los dos en correspondencia.

BALT. Más claro: en amores. Pues se atajan esos amores, aunque sea á estocadas. Yo no me dejo robar el cariño de Fuensanta.

AND. Ni nosotros. Yo no me dejo robar... (la felicidad de mi hijo.)

MOD. A mí no me roba nadie nada, ni dineros ni cariños. ¡Hola, hola!

EST. Calma, prudencia y unión.

MOD. Unión sobre todo.

BALT. (Dando la mano á doña Andrea.) Unión por ahora.

AND. Por ahora. Pero cuando pase el peligro...

BALT. Cada cual á su tienda.

AND. ¡Silencio! (Mirando hacia el fondo.)

ESCENA VI

DOÑA ANDREA, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON MODESTO, un CRIADO, DON LEANDRO

CRIADO Sírvase esperar, que voy á pasar recado á la señora. (Sale derecha.)

LEAN. Doña Andrea.. señores... (Todos saludan fríamente.)

MOD. Amigo don Leandro... (Es el único que se muestra algo afectuoso.)

BALT. Será difícil que pueda usted ver á Fuensanta. No está buena.

LEAN. Ya lo sé; en estos últimos días he venido varias veces, y siempre me han dicho... por orden de ustedes, lo mismo: de suerte que no he podido verla.

BALT. Naturalmente.

LEAN. Pero hoy me anima la esperanza de que mi visita no será inútil. Hoy creo que me recibirá.

BALT. Lo dudo.

CRIADO (A don Leandro.) La señora, que tenga usted la bondad de esperar, que vendrá al momento. (Sale izquierda.)

LEAN. (A don Baltasar.) ¿Lo ve usted? Hay presentimientos. Y mis presentimientos casi no lo son. Le había escrito y me contestó que me esperaba.

BALT. Ya. Entonces venía usted sobre seguro. (Don Leandro se sienta.) ¡Oh! Fuensanta es muy dueña de recibir á sus amigos. Nosotros no la tenemos *secuestrada*. ¿Entiende usted?

LEAN. Lo supongo.

BALT. Y como tenemos también que hablar y no queremos molestar á ustedes... nos retiramos. ¿No les parece á ustedes?

EST. Desde luego.

AND. Sí... vamos.

MOD. Les dejamos á ustedes en libertad. (A don Leandro.)

LEAN. Como ustedes gusten. (Saludan y van saliendo por la derecha segundo término.)

AND. (A don Modesto.) Este trae algo. El peligro arrecia. (Salen los dos.)

BALT. (A don Esteban.) Hay que proceder con energía.

EST. Con energía; pero con prudencia. (Salen los dos.)

LEAN. No irán muy lejos. ¡Pobre Fuensanta! (Cierra las puertas por donde han salido.)

ESCENA VII

DON LEANDRO y FUENSANTA

FUEN. Al fin... y solos... ¡Qué alegría! (Mirando en derredor.) ¿Por qué se hace usted de rogar para venir á verme?

LEAN. He venido cuatro ó cinco veces y siempre me han dicho que no recibías.

FUEN. ¡A usted!... ¡A usted siempre!... Son ellos... ellos... los que no quieren que vea á nadie, que hable con nadie... ¡Lo intolerable... créame usted!

LEAN. Porque eres muy débil; demasiado buena quiero decir.

FUEN. ¡Qué remedio! Al fin son mis parientes. ¡Yo soy rica, ellos no! Echarles de mi casa es muy duro. No tengo valor para ofender ni para humillar á nadie.

LEAN. Pero sufres.

FUEN. Sufro... pero aunque no viniesen sufriría. Y quién sabe... tal vez muy en breve acabe de sufrir. (Con ansia y pasión en voz baja.) Viene... viene Gabriel, quizá mañana, hoy quizá.

Acaso antes que llegue la noche veremos entrar en el puerto un *yacht*; será el suyo. No hace mucho ví en alta mar un punto negro qne crecía y crecía, y por encima del punto degro adivinaba yo un penacho de humo; ¡qué gozo sentí! ¡Qué hermoso es el mar cuando viene sobre sus olas nuestra esperanza; la extensión azulada y espumosa, sobre ella un vapor que rompe el agua, en el vapor un hombre que de seguro está mirando hacia el puerto, y en ese hombre un corazón que acompaña con latidos los golpes de la hélice, como diciendo: «¡Más aprisa, más aprisa, me aguardan!»

LEAN. Tienes razón, Fuensanta; según mis noticias es muy posible que ese *yacht* sea el suyo. ¡Cumple su palabra y tú dudabas!

FUEN. Yo dudaba... pero ya no dudo: Gabriel es el hombre que yo había soñado. Con usted no tengo secretos; es usted un buen amigo, el único; y en esta ocasión se ha portado usted conmigo como un padre. Gracias á usted les conozco á esos... y conozco á Gabriel.

LEAN. Gracias á Dios.

FUEN. Pero, ¿por qué se fué? ¿Por qué tarda tanto en volver? ¡Año y medio, casi dos años! Una vida casi.

LEAN. Muy breve en todo caso.

FUEN. El sufrimiento alarga las horas y las convierte en siglos. Cuando estuve tan mala, ¡qué angustia! ¡qué desesperación! «¡Si me moriré sin verle, sin decirle que le quiero!» Es decir... decírselo... se lo he dicho muchas veces... pero por escrito, y eso no satisface. «Te quiero» se pone en una carta y hay que escribir una letra, y otra letra, y no se acaba nunca. «Te quiero», dicen los labios, y se va el alma de una vez.

LEAN. ¡Así me gusta!

FUEN. ¡Ay, don Leandro! ¡Qué vergüenza! ¡Qué cosas digo!... Pero es que tengo en usted tal confianza... que cuando hablo con usted me parece que hablo conmigo misma...

LEAN. Haces perfectamente en quererle con toda tu alma... Ese... ese es el camino de la felicidad...

FUEN. Sí... he llegado á quererle con pasión infinita... Lo que usted me ha contado de Gabriel, su ausencia y sus cartas; su tesón y su energía; sus pensamientos sublimes y extraños... de todo esto ha resultado... ¡que Gabriel lo es todo para mí!... ¡todo! ¡todo! Yo, no soy yo: mi alma se ha abrazado á ese hombre; si me falta es que me he abrazado á la nada y en ella me hundo para siempre, ¡para siempre!

LEAN. Si él te oyese... ¡qué dicha para él!

FUEN. (Pensativa.) ¡Quién sabe!

LEAN. ¡Otra vez las dudas malditas!

FUEN. No es eso. Usted no me comprende. Yo me explicaré. (Se dirige al fondo, luego á la derecha, y se asegura que está cerrada la puerta.) Nadie nos oye: nadie nos ve. (Ha caido la tarde; es casi de noche: la habitación en sombra; por la crístalería del fondo el cielo y el mar; claridad vaga; algunas nubes.) Casi á obscuras: así me gusta: para lo que tengo que decir, la obscuridad. Así me paso yo las noches, ¡cavilando á obscuras! Don Leandro, yo le quiero á Gabriel como le he dicho á usted; no, como no he dicho ni puedo explicar; ni hay palabras, ni hay acentos para explicarlo: el lenguaje de los labios no es el del corazón. En fin, le quiero con toda mi alma; Pero él, ¿me quiere del mismo modo que yo? Al leer algunas de sus cartas, me parece que sí, que es el cariño natural, humano, que va del corazón al corazón, *que está á mi alcance*, porque yo no soy un sér excepcional y sublime como Gabriel. Cuando en sus cartas desciende hasta mí, cuando me cuenta su vida de trabajo, sus excursiones, que se acordó de mí porque vió una flor parecida á la que yo quise arrancar aquel día, y que se atenazó las muñecas pensando que me había hecho daño; que besó mi retrato, que besó mis cartas... ya ve us-

ted, cosas vulgares; pues estas cosas me hacen llorar, y entonces creo que me quiere de veras y que vamos á ser muy felices. ¡Y con el pensamiento le ciño los brazos al cuello y mi corazón está al nivel de su corazón! ¡Los latidos pasan de uno á otro! ¡Somos iguales! ¡El, Gabriel; yo, Fuensanta! ¡novios hoy, esposos mañana! ¡vivir unidos, morir el mismo día!

LEAN. ¡Pues no sé qué más puedes pedir!

FUEN. ¡Sí, pero otras cartas no las comprendo! Dice cosas admirables, prodigiosas; deben ser prodigiosas; pero habla poco de mí. Parece como que me proteje, que me salva, no que me ama! Ya no le ciño los brazos al cuello, porque crece, crece ante mí y concluyo por ceñirle los pies humilde y postrada, y como en adoración. Su corazón, si es que tiene corazón, se fué muy arriba, ya no le alcanzo. El hombre se hizo gigante, no es mío, se escapó al cielo. ¿Qué me importa que su corazón se remonte al cielo si no está contra el mío?... Allá arriba ¿para qué sirve?

LEAN. ¿Ves tú? ¡Ya empiezas á delirar!

FUEN. ¡Eso creo!... Conque ríase usted de mí, que ya hice confesión general.

LEAN. ¿Fué la confesión completa?

FUEN. ¡Ya no le cuento más!... No me toma usted en serio.

LEAN. Mira, abre tus hermosos ojos y dirígelos hacia allí!...

FUEN. (Acercándose al fondo y mirando.) ¿Hacia dónde?

LEAN. Hacia allí... hacia allí... á la derecha... ¡No, no hay duda!

FUEN. No veo... no veo nada... ¡No me engañe usted!... ¡No se burle, por Dios, no se burle usted!

LEAN. ¡Burlarme!... ¡No, Fuensanta!... ¿Pero no ves nada?

FUEN. No sé dónde dice usted.

LEAN. A la derecha... un grupo de embarcaciones pequeñas.

FUEN. Sí.

LEAN. Después un claro... un espacio azul... el camino de luz que forma el reflejo de la luna.

FUEN. Sí.

LEAN. Luego dos vapores grandes casi juntos.

FUEN. Sí... es verdad.

LEAN. ¡Y un poco más allá un *yatch* muy esbelto!

FUEN. Sí... lo veo... ¡un *yatch*! ¡El suyo! ¡Dios mío, el de Gabriel!

LEAN. No hay duda, debe ser el suyo... el que viste llegar.

FUEN. Sí... sí... el mismo... aun echa humo la chimenea. ¡Gabriel... Gabriel! ¡Al fin! ¡Dios mío, al fin!

LEAN. ¡Vamos, calma... esperemos!

FUEN. ¡Esperar! ¡Esperar! ¿Qué dice usted? ¡No! ¡Basta de dudas! ¡Quiero saber si es él! ¡Don Leandro, por Dios... yo se lo ruego... baje usted al puerto! ¡Es él... que venga... vaya usted!

LEAN. Sí, hija, voy; allá voy. (Sale por la izquierda fondo.)

FUEN. ¡Gracias á Dios!... (Mirando por la cristalería.) ¡Sí... voy á verle... á oir su voz! ¡Mis sueños! ¡Mis sueños ya no son sueños! ¡Qué felicidad, Dios mío! ¡Y dicen que no existe la felicidad! ¡Con cualquier cosa somos felices: con mirar un *yatch* que ha llegado, con unas bocanadas de humo que arroja la chimenea: con un caminito de luz sobre las aguas que parece que nos brinda ir allá... allá... al encuentro de Gabriel pisando estrellas! (Se queda pegada á los cristales, mirando fijamente. Toda la cristalería, el mar y el cielo iluminados por la luna, el primer término casi en sombras.)

ESCENA VIII

FUENSANTA. Van saliendo lentamente, según indica el diálogo DOÑA ANDREA, DON MODESTO, DON BALTASAR y DON ESTEBAN. Marchan en silencio y entre la sombra. Fuensanta en luz, está á la izquierda

AND. (Acercándose poco á poco á Fuensanta y en voz baja; todos en esta escena hasta el final hablan en voz baja.) ¡Fuensanta!

FUEN. (Medio volviéndose.) ¡Ah! ¿Eres tú? (Otra vez vuelve á mirar al puerto.)

AND. ¿Te has asustado?

FUEN. Un poco: llegaste tan en silencio.

AND. ¿Estás nerviosa?

FUEN. No... Sí... un poco.

AND. ¿Qué miras?

FUEN. El mar y el cielo.

AND. Una noche muy hermosa.

FUEN. Muy hermosa.

AND. ¿Quieres que dé luz? (Habla de la luz eléctrica.)

FUEN. No; tengo bastante con la que viene de allá fuera.

AND. Yo, no; y la obscurídad me da miedo.

FUEN. A mí, no.

AND. ¿En qué piensas? (Todas estas preguntas en tono cariñoso, insinuante y en voz baja.)

FUEN. En nada.

AND. ¿Tienes pena?

FUEN. Al contrario, alegría.

AND. ¡Viene! (Bajando aún más la voz.)

FUEN. Sí.

AND. ¡Qué locura!

FUEN. ¿Por qué?

AND. Porque no te quiere: los sabios no quieren á nadie más que á sí mismos.

FUEN. ¿Tú qué sabes? (Se aleja de doña Andrea y se va al otro extremo de la cristalería, á la derecha. Don Esteban ha salido ya y está entre la sombra, pero cerca del rompimiento de cristales. Fuensanta al pronto no le ve.) ¡Ah! ¡Que no cesan!

EST. ¡Fuensanta!

FUEN. Otra vez. (Volviéndose.) ¡Ah! ¡Es usted!
EST. ¿Quién pensabas que fuese?
FUEN. Andrea. (Pausa.)
EST. ¿No está muy clara la noche, verdad?
FUEN. ¿Usted cree?
EST. Me parece... hay muchas nubes.
FUEN. Pero la luna las va disipando.
EST. Al fin se cubrirá el cielo.
FUEN. ¡Quién sabe!
EST. ¿Quieres que vayamos adentro?
FUEN. No.
EST. ¡Pobre Fuensanta!
FUEN. ¡Pobre! ¿Por qué? Todos ustedes dicen que soy muy rica.
EST. ¿Te enfadarás si te hago una pregunta?
FUEN. Yo me enfado pocas veces.
EST. ¿Piensas siempre en él?
FUEN. Siempre.
EST. ¡Pobrecita mía, vas á ser muy desgraciada!
FUEN. ¿Por qué?... ¿Por qué?...
EST. Porque Gabriel no te quiere. Los hombres de genio, los hombres sublimes... no tienen más que un amor; el de su propio genio, el de su gloria. Los demás seres les inspiran cuando más *compasión*... ¿Te contentas con eso?..
FUEN. ¡Basta! (Viene al centro y casi tropieza con don Modesto.)
MOD. ¡Perdona, hija mía!
FUEN. Perdone usted, don Modesto. (Se deja caer en una butaca.)
MOD. Como está tan obscuro, no te veía. ¿Quieres que dé luz.
FUEN. Ya he dicho que no.
MOD. ¿Estás enojada conmigo?
FUEN. Con nadie.
MOD. ¿Estás de mal humor?
FUEN. Tampoco.
MOD. ¿Es que no has tenido carta? (Con malicia dulce.)
FUEN. ¿De quién?
MOD. De quien tú sabes; como te ví de mal humor, dije: «¡Claro, no ha escrito el otro... el

de allá!...» Hija mía, esos hombres que saben tanto no saben querer; es lo único que no saben.

FUEN. He dicho ya dos veces que basta.

MOD. (Asustado.) No sé... á mí no será... á Andrea... á don Esteban, á todos esos que andan por ahí como sombras. (Se levanta y se va al otro extremo.)

BALT. (Que ha entrado y que ha cambiado algunas palabras con Andrea y Esteban, hablando con ellos en tono misterioso.) A mí tampoco me impusiste silencio. (En voz alta.)

FUEN. ¡Ah! ¿También está usted ahí?

BALT. También. También ando entre sombras. Como tú no quieres luz...

FUEN. No.

BALT. ¿Por qué?

FUEN. Porque no. Porque estoy así bien; será capricho.

BALT. ¿Es que no quieres vernos? ¿Nuestra presencia te molesta?

FUEN. (Separándose y con disgusto.) No dije tal cosa.

BALT. Pero lo pensaste.

FUEN. (Cada vez más nerviosa.) Cada cual tiene sus pensamientos.

BALT. Yo adivino los tuyos.

FUEN. Puede ser. ¡Como siempre están ustedes pensando en lo que podré pensar!

BALT. Es que piensas en quien no debías pensar.

FUEN. En Gabriel.

BALT. ¡Que ha de ser tu desdicha, tu ruina, tu desesperación!

FUEN. (Separándose de Baltasar, está á punto de estallar.) ¡Siempre lo mismo!

BALT. ¡No, Gabriel no puede amar á Fuensanta! ¡No, no te hagas esas ilusiones, pobre niña! ¡Para él eres un sér insignificante, un sér inferior, un capricho!

FUEN. ¡Ah!... que no puedo más, que mi prudencia tiene un límite, que mi paciencia se acaba, que está rebosando la copa. ¡Basta, basta! (Con furia creciente de aquí al final de la escena.) ¡A martirizar á esa mujer, les dijo á ustedes

Gabriel al marcharse, y ustedes cumplen con el encargo á maravilla! ¡Bien les conocía á ustedes! ¡Siempre con la misma idea, siempre con la misma intención! (Revolviéndose en la sombra. Cuando se acerca alguno, retrocede.) Al principio, Gabriel era un busca vidas, un farsante, un caballero de industria: buscaba mis riquezas, y nada más: ¡codicia y codicia! ¡Ah! ¡Sí, la codicia existe en el mundo, pero no en Gabriel! ¡Y ahora, cuando Gabriel es rico, más rico que yo, cuando no se le puede acusar de codicioso y de menguado, se le acusa de que es muy sabio y de que no puede quererme, porque los sabios no quieren. Y cuando se pruebe que sí, que me quiere, ¿qué nueva acusación, qué nneva infamia? ¡A ver! ¡A ver!... ¡Venga la nueva invención! ¡A morder, á manchar, á atormentarme aprisa; aprisa, que aún tiene resistencia la víctima! (Con extraordinaria exaltación.)

AND. ¿Fuensanta, qué dices?

MOD. ¡Por Dios... por Dios, no te enfades!

EST. Nos juzgas mal.

BALT. Nos ofendes, nos maltratas; tú, tú eres la que nos calumnias.

FUEN. ¡Yo no ofendo á nadie... yo no me dirijo á nadie... á nadie quiero calumniar! ¡A nadie veo! Por eso he querido estar á oscuras, para tener en la oscuridad el valor de decir lo que he dicho, sin saber con quién hablo!

BALT. ¡Hablas con nosotros!

FUEN. (Con exaltación creciente.) ¡No sé quiénes son ustedes!... ¡Adivino en la sombra, sombras que me hostigan, oigo voces que me hieren en el oído y más en el alma, rozo zarpas que en las tinieblas me rozan, y, es claro, me defiendo! ¡Y manoteo, y grito, y acaso golpeo contra algún rostro ó contra alguna conciencia! ¡Tanto peor para quien sienta el golpe! ¡Que si alguno lo merece, como le castigaré en la sombra con el valor que me da la oscuridad, le castigaré á la luz del día cuando

por la marca del golpe le conozca! (Todos dicen con distintas entonaciones; «¡Fuensanta!» «¡Hija!» «¡Por Dios!» «Fuensanta!») ¡Silencio!... ¡Dije lo que dije á quien lo merezca! (Todos murmuran: »¡Lo dijo por Baltasar, por Andrea, por ese, por mí!» Casi al mismo tiempo.)

AND. (¡Lo dijo por Baltasar!)

EST. (¡Por Andrea lo dijo!)

MOD. (¡Por esos lo dice!)

BALT. (¡Por mí!)

FUEN. ¡Silencio!... Y á todos ustedes les anuncio que Gabriel va á llegar; que don Leandro fué á buscarle; que en esa habitación y sola con Angeles voy á esperarle. Que el día que Gabriel fije, será la boda. ¡Que á todos mis queridísimos parientes, á mi boda con don Gabriel de Medina les invito! Que hasta entonces ¡ay del que pronuncie una palabra, una sola contra el que ha de ser mi esposo! ¡Conque á atajar las intenciones y á respetar á quien yo respeto y á quien yo quiero! ¡Y sobre todo á no hostigarme, que los séres más débiles son acaso los más temibles cuando se les acosa y se les pone á punto de desesperación! ¡Ah! ¡Qué gente, Dios mío, qué gente! (Sale por la derecha llorando.)

ESCENA IX

DOÑA ANDREA, DON BALTASAR y DON MODESTO; por la izquierda del fondo GABRIEL y DON LEANDRO, que se detienen sin que los vean. Todos los demás han venido hacia el primer término

MOD. (A doña Andrea.) Buenas cosas les ha dicho. Daba miedo.

AND. Don Baltasar no se mostró tan fiero como de costumbre.

EST. Habló de garras, ella no tendrá garras; pero sacó las uñas. (A don Baltasar.)

BALT. Será preciso cortarlas

EST. Será preciso, pero peligroso. (Gabriel habla en voz baja con don Leandro, preguntándole algo. Don

Leandro le señala la llave de la luz eléctrica. Gabriel da luz: la escena queda espléndidamente iluminada. Todos se vuelven sorprendidos. Al dar luz, Gabriel suelta una carcajada algo estridente.)

BALT. ¿Quién es?...

AND. ¡Ah!...

MOD. ¡Es él!...

EST ¡El!

GAB. Soy yo. Y yo soy quien trocó la sombra en claridad. (Da otra carcajada.) ¡*Fiat lux, et lux facta fuit*! ¡Sea la luz! ¡Y la luz fué! Llegué al seno y á los brazos de mis antiguos amigos como debía llegar, envuelto en resplandores. ¡Yo soy quien soy! (Hay que cuidar el traje, que debe ser, no estrambótico, pero algo distante de lo vulgar; es un problema.)

LEAN. No está Fuensanta... me alegro.

AND. Entró en su habitación unos instantes.

LEAN. (A Gabriel.) Espérame aquí. Voy á prepararla; estaba muy nerviosa; no entres aún; espera á que te llame. Le diré que vas á venir... pero que no has venido todavía.

GAB. Como á usted le parezca. (Sale don Leandro por la derecha.)

ESCENA X

DOÑA ANDREA, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON MODESTO y GABRIEL. Avanza Gabriel como distraído y se sienta en primer término. En su fisonomía, en sus ademanes, hasta en su traje se marcan ya los preludios de la locura. Los demás le miran fijamente

GAB. Me observan ustedes con interés, con curiosidad, hasta con miedo, ¿no es cierto? (Previniendo un movimiento de los demás.) No, si no me extraña. Es natural que me miren ustedes así. Así me miro yo cuando me encuentro delante de un espejo. ¡Qué cosa tan rara, tan inexplicable, que yo sea yo! Que fuera otro... pase, ¿pero que sea yo?... ¡Curiosísimo! (Se ríe por lo bajo.) ¡Curiosísimo!

AND. ¿Qué dice? (A don Baltasar.)

BALT. No le comprendo: decididamente, yo no comprendo nunca á este hombre.

GAB. ¡Pues si ustedes supieran quién soy, cómo les admiraría! Pero no lo digo. ¡Es mi secreto! ¡Un secreto sublime, formidable! Tranquilícense, tranquilícense, que no lo diré.

EST (A don Modesto.) ¿Pero qué significa todo eso que dice?

MOD. No sé; yo creo que nos amenaza. La verdad, no estoy á mi gusto.

BALT. ¿Y ese secreto?...

GAB. ¡Silencio! Es un secreto. Hablemos de otra cosa.

EST. No tenemos interés en conocer sus secretos.

GAB. Hay mucho que hablar. ¡Qué cosa tan inesperada!

BALT. ¿El qué?... ¿Qué es lo inesperado?... Acabe usted. (Impaciente.)

GAB. Que yo haya vuelto. Ustedes no contaban con mi vuelta. Yo vuelvo siempre. Es decir, no *vuelvo,* porque *estoy. Volver* es una manera imperfecta de *estar siempre...* ¿No se puede estar?... Pues se gira. Gira el torbellino para volver adonde estaba. Gira la fiera alrededor de su presa, hasta que salta encima. ¡Cuánto habrán ustedes girado alrededor de Fuensanta en estos dos años! Yo no; yo estuve siempre, siempre en posesión de su alma, siempre en el hueco de su corazón dando impulso á sus latidos. ¡Por Gabriel, por Gabriel! ¡Así... así... de día... de noche... sin cesar... sin cesar!... (Con la mano sobre el pecho; la separa y la acerca como imitando el latido.) Claro, si hubiera cesado de latir hubiera muerto.

EST. (A don Baltasar.) Yo creo que vuelve peor que se fué. Repare usted en su cara.

GAB. Ustedes, en tanto, también están firmes en su puesto: son los que son: les encuentro como les dejé. El tiempo no hace mella ni en usted, don Modesto; ni en usted, don Esteban; ni en usted, don Baltasar; ni en usted, señora... en usted alguna mella hace... ¡El tiempo es cruel!

BALT. ¿Quiere usted, señor de Medina, hablar como habla todo el mundo para que nos entendamos? (En tono airado.)

GAB. ¡El mismo, el mismo de siempre! ¡El sanguíneo, el violento, el impulsivo! ¡El egoismo con saltos de tigre! Este es una fuerza, una fuerza bruta; pero una fuerza. Hay que domarle con la fuerza.

EST. El señor de Medina es un filósofo... y habla como filósofo .. en un lenguaje figurado... y desde luego en tesis general, sin referirse á nadie.

GAB. También el mismo. El que se desliza con suavidad... el que templa la sangre con la bilis... el que se enrosca y oprime cuando está bien enroscado. A éste con una hoja muy fina, muy sutil, hay que cortarle los anillos.

BALT. Amigo don Esteban, si á eso le llama usted lenguaje filosófico... y lo sufre, hay que confesar que es usted más filósofo que el señor de Medina.

EST. (Amigo don Baltasar, en serio... le digo á usted que Gabriel *está loco.)*

BALT. (Es una idea y *sería una solución.)* (Don Modesto se va retirando.)

GAB. No se retire usted, don Modesto, que de usted no voy á decir nada que le duela ó le lastime. Tiene usted una hija que es un ángel, y por los hijos se pueden salvar los padres Porque aquella bondad de los hijos, de los padres brotó. ¡Acaso porque la dieran se quedaron sin ella! ¡Peñascos áridos que se secaron las entrañas para alimentar frescos manantiales! No tema usted, don Modesto: sér ruin, sér egoista, sér cobarde, sér codicioso... ¡yo te perdono por Angeles!

MOD. Muchas gracias. ¡Mi Angeles vale mucho! (Con terror. A don Esteban, en voz baja.) Este hombre se ha vuelto loco.

EST. Loco de manicomio, que son los más cómodos cuando estorban.

AND. Amigo mío, (A Gabriel.) si habláramos todos

con juicio... si todos nos pusiéramos en razón... (Con dulzura.)

GAB. Así... así... Vean ustedes con qué dulzura me habla doña Andrea. ¡Ah!... ¿Y su hijo?... ¿Y el interesante Paquito?

AND. Señor de Medina... (En tono de súplica.)

GAB. No... no tema usted; ni de usted ni de Paquito diré nada. ¿Quiere usted mucho á su hijo, verdad?... Maltratarle sería una crueldad. Paquito es un joven inocente, inofensivo, que discurre con juicio y prudencia. (En el fondo con tono de burla.) ¡Cada frase suya es una sentencia inconmovible!... ¡Paquito es Paquito! (Se lleva á un lado á Baltasar, Modesto y Esteban, y les habla en voz baja.) ¡Paquito es un imbécil, un necio: ella es fría, egoista, codiciosa; él será idiota por los siglos de los siglos; pero ella le ama como madre, y este amor es sagrado. ¡El mismo Dios se inclinaría respetuoso ante el amor de esa madre por ese hijo! Son dos pedazos de tierra, acaso cenagosa, pero unidos por un girón de cielo. ¡Silencio! ¡No digan ustedes nada!... (En voz alta.) ¡Ah! Su hijo de usted... ¡Ah!... Señora... es mi amigo predilecto... Llámele usted... llámele usted, que quiero estrecharle contra mi pecho.

AND. Amigo mío... (Le da la mano, acercándose á los demás.) ¡Viene hecho otro hombre!... ¡Con qué juicio habla!

BALT. ¡Señora, no sea usted inocente! ¡Se ha burlado de ustedes!

MOD. Nos ha dicho que Paquito es un mentecato, y usted... usted ¡una mujer sin conciencia!

AND. ¿El? ¿El ha dicho eso?

BALT. Sí, señora.

AND. ¡Pero ese hombre es un malvado!

BALT. ¡Un loco!

EST ¡Loco!... ¡Sí!...

MOD. ¡Mírenle ustedes! (Gabriel sigue paseando y gesticulando.)

AND. Es verdad.

BALT Y nosotros...

EST. Nosotros... nada... ¡Quietos, neutrales... esperar! ¡El lo hará todo... nosotros nada!

GAB. (Que se ha detenido y los observa.) ¿Qué están ustedes maquinando?

MOD. ¡Nosotros!... ¡Maquinar nosotros!

AND. ¡Cree usted que somos unos monstruos... y nos odia usted, señor de Medina!

GAB. ¡Odiar yo!... No; eso no. Ni yo creo que sean ustedes tales monstruos. Los monstruos no existen. ¡Si lo sabré yo!... Ustedes parecen malos, egoístas, avaros... Convenido, parecen ustedes todo eso; cualquiera diría que son ustedes egoistas...

BALT. Ya, ya lo hemos oído.

GAB. ¡Pues yo lo niego! ¡Lo niego ante el mundo! ¡Ante el mar! ¡Ante el cielo! ¡Ante Dios! ¡Ante mí! (Animándose y desvariando.) ¡Ustedes no son fundamentalmente malos; son ustedes... *imperfectos*, mejor diría *incompletos*!

BALT Menos malo.

GAB. ¡Van ustedes comprendiendo!

AND. Ni una palabra, señor de Medina.

GAB. Pues es bien sencillo. Si usted rompe un jarrón bellísimo, cada pedazo, ¿será hermoso por sí? ¡No; será informe, absurdo, ridículo! ¡No, no me nieguen ustedes que cada pedazo será ridículo, porque soy capaz de hacerles pedazos para que se convenzan! (Avanzando sobre ellos furioso. Todos retroceden.)

MOD. ¡Evidente! ¡Evidente!... ¡Ridículo! (Porque Gabriel se le viene encima.)

GAB. Bueno.. ¿y por qué? ¡Porque cada pedazo es incompleto! ¡Es el artístico jarrón, pero incompleto! ¡Eh! (Con tono triunfante.)

EST. Evidente. Siga usted.

GAB. Si á la orilla del mar, en una depresión del terreno se forman charcas cenagosas, ¿por qué, por qué son cenagosas? ¿Porque ellas lo son? No. ¡Porque están dispersas, porque los cristales del agua están rotos, porque cada charca es un *río incompleto!* ¡Juntadlas todas; dadles caudal; dadles cauce; dadles corriente, y será el río azul y espumoso, ale-

gría del valle, frescura de las márgenes, espejo del cielo.

AND. ¿De modo que nosotros somos ese río azul y espumoso?

GAB. No, todavía son ustedes las charcas.

EST. ¡Qué lástima! (Con cierta burla.)

GAB. Pero no se apuren; yo les abriré á *ustedes cauce*. Sólo que no han de ser ustedes torpes, no han de interrumpirme en mi trabajo, porque si el cauce queda á medio hacer, si resulta *muy corto*, más que cauce será fosa. (Con tono sombrío, amenazador. Todos retroceden.)

BALT. No dice más que disparates...

EST. Pero disparates filosóficos, que le dan apariencias de sabio. No nos conviene.

BALT. Dice usted bien. (En voz alta.) Señor de Medina, al punto que han llegado las cosas hay que hablar con claridad perfecta.

GAB. ¡Claridad! Pero si ustedes tienen ahumado el entendimiento y ennegrecidas las conciencias. Claridad, Fuensanta, que es todo luz. Claridad, yo; porque soy yo.

BALT. Señor de Medina, nos oponemos resueltamente á su boda con Fuensanta. (Queriendo provocarle.)

GAB. Es natural. ¿Y qué?

BALT. No creemos en la lealtad de su conducta.

GAB. Es claro. No deben ustedes creerme.

BALT. Consideramos que su amor es fingido.

GAB. ¿Fingido?

BALT. ¡Una superchería!

MOD. ¡Eso!... Superchería. (Al ver que se fija en él Gabriel.) Así dice don Baltasar.

BALT. ¡Usted no siente amor por Fuensanta!...

EST. Ni por nadie. Usted no sabe amar.

GAB. (Exaltado.) ¡Que yo no amo á Fuensanta!... ¡Si soy todo amor! ¡Si mi alma se deshace en ternura! ¡Qué más! ¡Si soy capaz de sentir cariño verdadero hasta por ustedes! Y de recibirles en mis brazos y de estrecharles en ellos hasta ahogarlos, ¡hasta confundirlos conmigo mismo! (Con violencia de locura.) Pero ustedes, ¿por qué creen que Dios es tan

grande?... Es grande, es inefable, es infinito por el amor; porque es el que más ama; porque es el que más sufre por el amor; porque al ver que la *nada no era nada,* lloró sobre ella y la fecundó. ¡Ah, miserables! ¡Negarme que puedo, que sé amar, es desatar mis iras! ¡Ay de vosotros si se desatan! ¡Seréis añicos! ¡seréis lodo, seréis polvo... seréis pavesa... seréis ceniza!... ¡Nada... nada... nada!... ¡Lo que erais... lo que volveréis á ser!...

EST. ¡Ya viene Fuensanta!

GAB. ¡Ella... ella!... ¡Fuensanta!... ¡Fuensanta!... ¡Ah!... ¡Qué rocío en el alma!...

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DON LEANDRO, FUENSANTA

LEAN. ¡Aquí le tienes!

FUEN. ¡Gabriel!

GAB. ¡Fuensanta! (Se precipitan uno á otro y se abrazan. Los demás observan con ansiedad.)

FUEN. ¡Al fin!

GAB. ¡Al fin!... Cumplí mi palabra.

FUEN. Y yo cumpliré la mía.

GAB. ¿Crees en mí?

FUEN. Sí, creo.

GAB. Esos no quieren creer en el amor que te tengo. (Con dulzura. La vista de Fuensanta le ha calmado.)

FUEN. ¡Qué importa!

GAB. No te enojes con ellos.

BALT. No creemos, no... (Todos dicen que no.)

FUEN. Ya dije antes que no toleraba...

GAB. ¡Cálmate, cálmate, bien mío! La ira enciende tus ojos... yo los quiero dulces.

EST. (No se irrita este hombre.)

FUEN. Dices bien... Como tú quieras. ¡Pero no sabes cómo he sufrido!

GAB. Acabó tu sufrimiento. (Volviéndose á todos.) Esta mujer será mi esposa.

EST. ¡No!

BALT. ¡No! (Los demás dicen que no.)

FUEN. ¡Ah!... ¡Gabriel, que no los vea!

GAB. No te enojes. (Con gran reposo y superioridad.) Fuensanta será mi esposa. Pero yo no quiero ni dominarla ni fascinarla, como ustedes suponen. Será mía por la atracción de nuestros amores, por el imperio de su voluntad. Y para alejar toda duda, ahora mismo saldré de esta casa.

FUEN. ¡No!

GAB. Es preciso. Quiero que seas completamente libre. Desde aquí me vuelvo á mi *yacht,* y en él permaneceré hasta el día de la boda.

FUEN. ¡Eso no, Gabriel! (Con pasión.)

GAB. Te digo que sí.

FUEN. Como tú quieras. Tú ordenas.

GAB. Y yo volveré dentro de breves días.

FUEN. Para no separarte de mí nunca.

GAB. ¡Nunca!... Y hasta entonces. ¡Adiós, mi Fuensanta!

FUEN. ¡Adiós!

GAB. ¡Ah! (Volviéndose á los demás.) Pero yo solo no, no. Ustedes saldrán conmigo, para volver conmigo el día de la boda.

BALT. Nosotros... (Protestando.)

FUEN. Obedecerán al que ha de ser mi esposo.

GAB. Ya lo oyen ustedes. ¡Conque delante de mí! (Excitándose.) ¡Mira, cómo les echo, Fuensanta, á los que tanto te atormentaron! La *manada* de seres ruines; yo pastor del negro rebaño, me la llevo... ¡No te asustes, es que les voy azotando las espaldas!... ¡Las espaldas, no... los lomos á las bestias! ¡Fuera... fuera!... ¡Adiós, Fuensanta! (Empujándolos en montón hacia fuera.)

FUEN. ¡Adiós!

GAB. ¡Adiós!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa los salones principales del palacio de Fuensanta. Rompimiento en el fondo de tres puertas. Más allá se ve otro salón y detrás, con un nuevo rompimiento de columnas, otro tercer salón. Iluminación espléndida; muebles de lujo, objetos artísticos. El primer término es un salón pequeño ó gabinete con puertas laterales, que dan á las habitaciones de Fuensanta. Es de noche; la noche de la boda. Si se quiere acortar el entreacto, puede conservarse la decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

DON LEANDRO; un LACAYO ó CRIADO con traje negro de alta etiqueta

LEAN. ¿Ha llegado el señor don Esteban?

CRIADO Sí, señor.

LEAN. Bueno, dígale de mi parte, que tenga la bondad de venir ahora mismo, que le espero con impaciencia.

CRIADO Sí, señor. (Sale por el fondo.)

LEAN. Es preciso prevenir las infamias de esa gente. Le hablaré con energía. No me fío de ninguno de ellos, y menos que de los demás, de don Esteban.

ESCENA II

DON LEANDRO, FUENSANTA, que viene agitadísima por la derecha; creo que no debe vestir de blanco porque es viuda; pero entrego á la actriz este problema

FUEN. ¿Habló usted ya con don Baltasar?

LEAN. Con don Baltasar, no. Pero he llamado á don Esteban. De todos sus parientes el de más cuidado.

FUEN. No debimos invitar á ninguno de ellos. Después de lo que han hecho, han concluído para mí.

LEAN. La codicia les ciega y les domina.

FUEN. ¡Pero si la razón se confunde! ¡Cómo imaginar que se atrevieran... á lo que se han atrevido! Usted lo sabe; han buscado un testaferro y han presentado una denuncia: «Que Gabriel está loco y que el matrimonio es imposible», y el juez decretó no sé qué informaciones, y casi, casi, han sometido á Gabriel á un examen pericial. ¡Qué humillación!

LEAN. Si te oyesen *aquellos*, no se efectuaba el matrimonio, y no se efectuaba por caso de *locura*. No de la locura de Gabriel, sino de la tuya.

FUEN. Pero, dígame usted, don Leandro, ¿y lo que están haciendo ahora mismo?

LEAN. ¿Qué hacen, qué sabes tú?

FUEN. Lo sé todo, porque la pobre Angeles, me ha contado lo que le ha oído á su padre. Interrogué á Andrea y confesó de plano.

LEAN. ¿Pero qué es?

FUEN. Que esa gente ha conseguido que entre los convidados vengan... hasta creo que con autorización del juez... un médico alienista para que *observe*... y un *notario* para que dé fe de lo que ocurra... ¿Pero qué piensa esa gente? ¿Hay derecho para esto?

LEAN. Vamos, no te pongas así.

FUEN. Yo voy á arrojar de mi casa á esos *dos personajes*, y á toda mi parentela con ellos.

LEAN. ¡Nada de escándalos! ¡Es lo que ellos quisieran!

FUEN. ¡No importa!... ¡No lo sufro!

LEAN. Eso es... se entera Gabriel, que no está loco, pero que cuando llega el caso tiene un genio de todos los demonios, se exalta, comete una atrocidad... y da motivo para que todos le crean verdaderamente loco.

FUEN. ¡Es cierto!... ¡Tiene usted razón!... ¡No, Dios mío, no; tendré paciencia... paciencia... paciencia!...

LEAN. Son dos ó tres horas. Os casáis, tomáis el tren, y á París, á Londres...

FUEN. Eso... eso es lo mejor...

LEAN. Además, he llamado á don Esteban y procuraré que de buena manera despidan á los dos sujetos.

FUEN. Justamente... ¡qué bueno es usted!...

LEAN. Mira, lo que has de hacer es buscar á Gabriel y le indicas algo de lo que pasa.

FUEN. ¡Lo sabe todo!

LEAN. Mejor. Pues le aconsejas que por esta noche se deje de filosofías, de sublimidades... que descienda á la tierra y hable como todo el mundo.

FUEN. Eso es: justo. Yo le convenceré de que, al menos por esta noche, haga un esfuerzo para ser necio, vulgar.

LEAN. Basta que Gabriel sea natural, sencillo, corriente. Señor, así es la vida.

FUEN. Bueno, pierda usted cuidado... natural, sencillo, prosaico... Se lo diré y me obedecerá. ¡Que pase pronto, que pase pronto esta noche! (Con exaltación)

LEAN. Ahora, vete, que viene don Esteban y le hablaré con más libertad no estando tú delante.

FUEN. Sí, señor... sí... Hasta luego. No se me olvida, no. Natural, sencillo... vamos, como todo el mundo. (Se va retirando hacia la derecha.)

LEAN. ¡Ea .. vete. . hija, vete!...

FUEN. ¡Natural, sencillo, vulgar mi Gabrie !... ¡Qué lástima... qué lástima!... (Sale.)

ESCENA III

DON LEANDRO, DON ESTEBAN

EST. ¿Deseaba usted hablarme, amigo don Leandro?

LEAN. Sí, señor.

EST. Pues aquí me tiene usted á sus órdenes.

LEAN. Seré muy breve y seré muy claro, y entraré desde luego en materia.

EST. Me parece bien, porque tendremos poco tiempo disponible. Antes de media hora... la solemne ceremonia. Conque á ver...

LEAN. Señor don Esteban, cometieron ustedes una mala acción. Y esta noche amenazan ustedes con un escándalo.

EST. ¿Pero qué dice usted? No sé, en verdad, qué contestarle, mi buen amigo.

LEAN. Hicieron ustedes por medio de... de tercera persona... una denuncia en forma contra Gabriel; es decir, pretendieron ustedes que estaba loco. Don Esteban... ¡esto no tiene excusa!

EST. Hablemos claro. Este acto, que yo repruebo... no es mío. Los verdaderos culpables son doña Andrea y don Baltasar.

LEAN. Pero el hecho es cierto.

EST. Ciertísimo, y fué, no sólo una indignidad como usted dice, sino una torpeza. ¿A quién se le ocurre, que por el examen pericial, ligero y superficialísimo de dos ó tres facultativos, se va á declarar loco á un hombre, que posee cien millones de pesetas? (Con sonrisa de burla) Don Leandro, un rico, un señor tan inmensamente rico, es *ipso facto* honrado, sabio y sano de espíritu.

LEAN. Sea por lo que fuere fracasó el complot.

EST. Y debía fracasar. A un hombre como Ga-

briel no se le podría declarar loco, dado que lo estuviera, sino sorprendiéndole en pleno ataque de locura.

LEAN. ¡Don Esteban!

EST. Por ejemplo, hace poco se encontraron en uno de esos salones, frente á frente, Gabriel y don Baltasar. Se detuvieron y se miraron, ¡de qué manera se miraron! ¡Qué cara tenía don Baltasar y qué cara tiene esta noche Gabriel! Pálido, casi lívido; los ojos le brillaban como los de un tigre. Yo he sostenido siempre que no está loco, entiéndase esto; sin embargo, créame usted, tenía cara de loco: (Sonriendo.) ello es que daba miedo. Y yo pensé: si ahora se precipita sobre don Baltasar y le estrangula, pongo por caso, ¿á quién se le convence de que no está loco? Así es que procuré ponerlos en paz; ¿pude hacer más, don Leandro?

LEAN. Verdaderamente no pudo usted hacer más. (Con intención.)

EST. Después que pasó el peligro, me reía yo á mis anchas pensando: «Mire usted que si Gabriel estrangula á don Baltasar... ¡qué lance!»

LEAN. Claro. (Aparte.) (Claro: la boda imposible y un coheredero menos.)

EST. Pues ahí tiene usted.

LEAN. Y en todo caso por si sucede algo... han traído ustedes un médico y un notario. Con uno de los dos basta, si el caso llega, para anular el matrimonio, ¿no es eso?

EST. ¿Le presenté yo á usted la lista? ¿Le dije yo acaso: «deseo que se invite á éste, á aquel, por amigo ó pariente?»

LEAN. No, señor; fué don Modesto.

EST. ¡Ah!... Entonces...

LEAN. Sea como fuere, es preciso que esos dos señores se retiren,

EST. Por Dios, amigo mío, ¿cómo es posible? ¿Va usted á dar un escándalo?... La boda será dentro de momentos... Cálmese usted, yo se lo ruego. Mire usted, ya vienen algunos in-

vitados hacia estos salones. Usted es hombre de mundo y de prudencia. Recomiende usted mucha prudencia á Gabriel... y no ocurrirá nada. (Dándole la mano.) Supongo que no he perdido su estimación...

LEAN. No la ha perdido usted. (Aparte.) Porque nunca la tuvo.

EST. Conque mucha calma.

LEAN. Sí, señor, tiene usted razón: mucha calma y mañana hablaremos todos.

ESCENA IV

DICHOS. En el fondo, en los salones de último término, se van reuniendo SEÑORAS y CABALLEROS. Por un lado avanza DON BALTASAR, con el médico SEÑOR TORRES. Por el otro lado GABRIEL con PACO. Entre las señoras del fondo estan ANDREA, FUENSANTA y ANGELES. Don Esteban sale al encuentro de don Baltasar y el señor Torres. Don Leandro se une á Gabriel y Paco; pero estos tres se quedan en segundo término

EST. Amigo Torres, ¿ha tenido usted ocasión de observar al señor de Medina? (Los tres en primer término.)

TORRES Un poco.

BALT. ¿Le ha observado lo suficiente para tener ya una opinión?

TORRES Lo suficiente, no. Pero he observado... he observado. . lo que he podido observar.

EST. ¿Y qué?... Vamos, la verdad.

TORRES Amigos míos, la verdad es que mi situación en esta casa es muy difícil... por no decir irregular. Yo no sé por qué he venido... y ya me hubiera marchado á no detenerme don Baltasar. ¡Estoy secuestrado!... Conste que ustedes me tienen secuestrado.

BALT. Está usted aquí oficialmente... por mandato judicial... para evitar un delito, un verdadero delito.

TORRES No, eso no: yo no estoy aquí oficialmente, se lo he dicho, y se lo he explicado á usted tres ó cuatro veces. Estoy aquí por amistad con

ustedes, por condescendencia... por debilidad dijera más bien.

EST (Deteniendo á don Baltasar que protesta.) Pero de todas maneras, usted ¿qué opina? Gabriel está... ¿no es cierto? (Indicando que está trastornado.)

TORRES Es asunto delicadísimo: sería preciso un examen detenido para aventurar un juicio... y yo le he visto pasar, le he oído unas cuantas frases, nada más. ¿Qué quieren ustedes que yo diga? ¿Que formule un juicio definitivo? Es pedirme demasiado.

BALT. Usted me confesó hace poco que Gabriel *está loco*; loco; como suena.

TORRES ¡Por Dios, don Baltasar! Yo no he dicho eso. Es más, este caso no es de los que el vulgo llama *casos de locura*. El vulgo llama locos á los furiosos, á los delirantes, á esos pobres enfermos que aparecen con los cabellos en desorden y erizados, con las bocas contraídas, lanzando entre espumarajos, carcajadas aterradoras, con las manos gafas, tembloroso el cuerpo... y Gabriel no es de esos locos.

BALT. Claro que no, pero usted dijo que era en su concepto una locura... luego es locura.

TORRES Algo así dije. Pero hay que observar... hay que observar...

EST. Bueno, pues siga usted observando. Hacia aquí viene. (Se retiran los tres mientras avanzan Gabriel y don Leandro, dejando á Paco, que se une á un grupo de señoras.)

TORRES (Aparte á don Esteban.) Gabriel está loco y quizá antes de que acabe la noche... en fin, veremos. Es caso muy curioso; pero no le diga usted nada á don Baltasar, porque éste sí que está loco de remate. (Riendo.)

LEAN. (Atrayendo á Gabriel.) Oyeme; óyeme, Gabriel, dos palabras.

GAB. ¿Qué quiere usted? ¿Por qué me separa usted de Paquito? Es muy divertido. Ese joven se ha de sentar á mi diestra por los siglos de los siglos, para mi esparcimiento y alegría...

LEAN. Vamos, ten juicio ó creeré lo que afirma esa gente.

GAB. ¿Qué afirman?

LEAN. Que estás loco.

GAB. ¿Y por qué no he de estarlo? ¿Usted sabe lo que es la locura? ¿Lo sabe don Esteban? ¿Lo sabe ese médico que han traído, y que hace poco me miraba con ojos espantados de estúpida curiosidad?

LEAN. ¿Quieres que hablemos con juicio?

GAB. Pues tráigame usted á Paquito. (Con terquedad de idiota.)

LEAN. ¡Otra vez! ¡Harás que pierda la paciencia!

GAB. Ustedes lo han querido. ¡Fuensanta y usted: ustedes me han rogado que esta noche no diga más que vulgaridades, que llame hermosas á las feas; hombres de talento á los necios; amigos á todos, aunque no los conozca, y á todos simpáticos, y á todos señores míos y dueños! Pues bien, estoy repasando el papel con Paquito, ¡qué mejor maestro! ¡Ven á mí, modelo y prototipo de lo insípido!

LEAN. ¡Gabriel!... ¡Gabriel!...

GAB. ¡Ah! No tema usted, no tema; que esta noche tales cosas he de hacer y tales vulgaridades he de decir, que todos han de tenerme por compañero. (Volviéndose.) ¡Paquito!

LEAN. (Deteniéndole.) ¡Vamos, Gabriel! ¡Comprendo tu amargura y tu estado de excitación!... Es una infamia, es un tormento... pero ten paciencia, hijo mío.

GAB. ¡Paciencia! ¿Por qué? ¿Para qué? ¡Yo seré lo que quiera ser! ¿Genio? ¡Pues genio! ¿Necio? ¡Pues necio! ¡Lo que me plazca! ¡Mi voluntad es ley! ¡Yo soy quien soy! (Fuensanta que desde el fondo ha seguido con ansiedad esta escena, al levantar Gabriel la voz se aproxima con angustia.)

LEAN. ¿Ves tú? Por decir esas cosas que los demás no comprenden, suponen... lo que suponen. Por eso al pasar yo, hace poco, cerca de Torres decía no sé qué «de la monomanía de grandezas.»

GAB. (Riendo con risa estridente.) ¡Ah! ¡Eso decía! ¡Pobre doctor! ¡A San Cosme y San Damián he de darles un compañero! Como tenga tiempo, ¡buena voy á poner yo la corte celestial!

LEAN. (Mirándole.) ¡No te comprendo!... ¡De veras, no te comprendo!

FUEN. ¡Gabriel!

GAB. (Con tono dulce.) ¡Fuensanta!... ¡Mi Fuensanta!

FUEN. ¡Por Dios, Gabriel, no levantes la voz! Todo el mundo se fija en ti: todo el mundo te observa: todo lo interpretan á su modo.

GAB. ¡Y qué importa! ¡La curiosidad es una gran cosa! ¡Tú no sabes lo que es, lo que vale la curiosidad!

FUEN. ¡Sí: pero es una curiosidad hostil, mal intencionada! ¿Tú sabes lo que dicen... lo que han tramado?.. ¡Por Dios, Gabriel! ¡Por Dios, prudencia! Es una tortura intolerable: ya lo sé... (Todo con ansiedad, en voz baja.)

GAB. ¡La tortura!.. ¡El suplicio!... ¡Esa es la dicha suprema, mi Fuensanta! ¡Yo quisiera, por mi Fuensanta, padecer todos los tormentos! ¡Sufrir todos los dolores! ¡El cuerpo en cruz! ¡Allí, clavado, desangrándome! ¡Y dentro del pecho, contra el corazón, otra cruz pequeña! ¡Y clavados también en ella los girones del corazón! ¡Y aquí, aquí, (Oprimiéndose la cabeza.) para cada idea, su cruz pequeñita! ¡Todo yo en el suplicio por mi Fuensanta! ¡En toda fibra un retorcimiento de dolor!... ¡Apurar dolores sin fin por el ser que amamos, eso es amar como amó Dios á sus criaturas! ¡Oyelo bien, y como yo te amo! (En voz baja, vibrante, persuasiva, terrible.)

FUEN. ¡Sí... es verdad, Gabriel; pero más bajo, más bajo, que no te oigan!

LEAN. (Retirándose y mirando á un grupo de señores en el fondo.) ¡Este Gabriel... este Gabriel!... Da miedo oirle; el que no le conozca creerá que lo que dicen aquéllos es verdad. Parece loco... sí, parece loco.

GAB. Conque no te asustes, bien mío; deja, deja que me escarnezcan, que me humillen, que

me llamen loco. ¿Estás segura que no lo estoy?

FUEN. ¡Calla... calla... no digas eso! ¿También te gozas tú en atormentarme? ¡No me mires así! ¡Me da pena, me da miedo!

GAB. ¡Pobrecita mía!

LEAN. (Acercándose con dos señoras y con Angeles.) Pues vengan ustedes y haremos la presentación, y hablarán ustedes con él.

SEÑ. 1.a Nos alegraremos muchísimo.

SEÑ. 2.a Hemos oído contar muchas cosas y muy románticas del señor de Medina. (Se van acercando los tres.)

FUEN. ¡Por Dios, Gabriel!... la señora de Almeida y la Baronesa se acercan... ¡mucha prudencia! ¿Seguirás mi consejo?

GAB. Lo seguiré. Por ti, todos los sacrificios.

FUEN. Ya están aquí.

LEAN. Amigo Gabriel, la señora de Almeida y la baronesa del Romeral desean conocerte... (Gabriel se inclina.) El señor de Medina... (Presentándole; todos se saludan.)

SEÑ. 1.a (Aparte á la señora segunda.) A ver qué dice.

SEÑ. 2.a (Idem á la primera.) Sí, á ver qué dice.

GAB. Señoras... es un honor para mí... ponerme á los pies de ustedes. Hace mucho que lo deseaba... La fama de su discreción y de su belleza... (Inclinándose.) ¡Ah, sí... estimulaban mi deseo!

SEÑ. 1.a Es usted muy amable...

SEÑ. 2.a Tan amable como sabio...

GAB. Mi sabiduría, señora... está al alcance de todo el mundo.

FUEN. (En voz baja á Gabriel.) Muy bien... así... así.

SEÑ. 1.a (A la señora segunda.) Es muy cortés... ¡y decían que estaba loco!

SEÑ. 2.a ¡Calumnias! ¡Ah, la sociedad!

SEÑ. 1.a Ya hemos felicitado á Fuensanta.

SEÑ. 2.a Y después de conocer á usted le felicitamos de nuevo.

GAB. Pero ahora deben ustedes felicitarme á mí...

SEÑ. 1.a ¡Quién lo duda!

SEÑ. 2.a Estos sabios parecen distraídos... pero ya saben lo que se hacen.

FUEN. Si les parece á ustedes .. terminaremos aquí las felicitaciones.

GAB. Señoras... tanto honor... (Despidiéndose.)

SEÑ. 1.ª Señor de Medina, tanto gusto...

SEÑ. 2.ª He tenido sumo placer...

GAB. (Algo nervioso.) Señoras, el gusto y el placer y el honor... y todo lo que hemos dicho... y todo lo que no hemos dicho por la premura del tiempo, ¡todo mío, todo mío! Les dejo á ustedes con los ángeles... (Señalando á Angeles.) y en el cielo... (Señalando á Fuensanta.) no puedo dejarles ni en mejor compañía, ni en mejor sitio. Yo me voy con aquellos.. con los que me miran... con los que me buscan...

FUEN. Sí... aquellos caballeros te llaman... (Un poco apurada.) Estas señoras dispensarán...

GAB. Señoras .. (Retirándose.) ¡Paquito... dónde está Paquito!... Me hace falta nuevo acopio de inspiración. (Se retira.)

SEÑ. 1.ª Es muy simpático...

SEÑ. 2.ª Muy simpático...

ANG. ¡No os lo había dicho! ¡Dice unas cosas tan hermosas! ¡Todavía no tiene confianza con vosotras, pero ya veréis... ya veréis!...

FUEN. (Aparte.) ¡Qué miedo... ya empezaba á incomodarse! (Se retiran las cuatro señoras hablando y riendo.)

GAB. (Que ha cogido á Paquito.) ¡Ven acá! ¡Ven conmigo, joven simpático, genio de lo insustancial, musa de lo insípido, remedo del vacío, superintendente de la nada, inspírame, inspírame, quiero tu ciencia sublime para que mi palabra suene á hueco y mi pensamiento se vista de arlequín: ven conmigo á la mascarada!

PACO ¡Qué bromista es el señor de Medina! (Un grupo de caballeros, en el que está don Leandro, le cierra el paso. Aparte.) (No voy muy tranquilo.)

CAB. 1.º Señor de Medina..

GAB. ¡Ah... mi queridísimo amigo! (Dándole la mano.)

CAB. 2.º Le deseo muchas felicidades...

GAB. ¡Ah, mi amigo queridísimo!

CAB. 1.º ¡También los sabios se casan!

GAB. En algo se han de parecer á los tontos.

CAB. 2.º ¡No sea usted escéptico!

GAB. ¡Como estamos entre hombres!...

LEAN. (Algo inquieto.) Respetemos la santidad del matrimonio: esas bromas para mañana.

CAB. 1.º Y si se casa mañana, mañana será otro día. (Riendo.)

GAB. Mal momento para recordar el Tenorio.

LEAN. Tiene razón Gabriel.

GAB. Respétenme... señores, respétenme... (En broma, pero cambiando de tono.) Don Leandro, procure usted que me respeten, porque si no... Señores, ¿qué menos puedo pedir?... Puedo pedirlo todo... y no pido más que respeto.

LEAN. Aquí no te respetamos... conque vete. (En broma, pero queriendo alejarle.)

GAB. Mejor será... ¡porque ya no hay amigos!... ¡no hay amigos!...

FUEN. (Que le ha seguido con la vista.) Gabriel...

GAB. El amor me salva... (Se acerca á Fuensanta.)

CAB. 2.º Pues está muy bien. (A los demás, refiriéndose á Gabriel.) Habla con naturalidad.

CAB. 1.º Ya lo creo, y es un hombre de mucho talento.

LEAN. Un gran talento y un gran corazón.

CAB. 1.º ¿De modo que todo eso que decían?...

LEAN. ¡Infamias! ¡Calumnias! (Se alejan.)

EST. (En el fondo al médico.) ¿Qué le parece á usted?

TORRES Que esta noche le ha dado por estar cuerdo; son intermitencias.

GAB. (A Fuensanta.) Apuré la imbecilidad, y ya no me tienen por loco, vida mía.

FUEN. ¡Estoy muy contenta! ¡Qué lección para esos miserables! Siempre has de estar así.

GAB. ¡Siempre!... ¡Renunciar á ser lo que soy! ¡Me pides lo imposible! ¡No, no digas eso, Fuensanta! ¡Es una blasfemia!

FUEN. ¡Por Dios!... ¡Calla! (Mirándole con algo de espanto.) ¡Dije mal, por esta noche: sólo por esta noche, por mí, por mí! ¿Querrás? (Todo esto en voz baja; ella suplicante, aterrada, llorosa; tiene miedo.)

GAB. Bueno, por esta noche, bueno. (Calmándose.) ¡A mí qué me importa una noche ni un siglo! ¿Quieres un siglo? ¡Pues un siglo! ¡A mí no se me acaban los siglos! ¡Meto la mano en la eternidad, la revuelvo .. y siglos, siglos, siglos!...

FUEN. (Mirandole con espanto.) ¡Gabriel!

ANG. (Entrando precipitadamente Habla en voz baja á Fuensanta.) Sí... ya está... vèn... te esperan...

FUEN. (Sin separar los ojos de Gabriel.) ¡Sí... ya voy!... ¡Dios mío! ¿Qué tiene Gabriel? ¡Claro! ¡Está el pobre fingiendo y dominándose toda la noche y no puede más! ¡Es que no puede más! ¡No es más que eso!... ¡Gabriel!

GAB. (Como distraído.) ¿Qué? (Fuensanta le habla al oído.) ¡Ah... bueno! ¡Vamos!

LEAN (Llegando.) ¡Llegó el momento solemne! ¡Yo... yo quiero conducirte el altar! ¡Cógete de mi brazo!

FUEN. Sí... usted... vamos... (Se van los dos hacia el fondo. Fuensanta se vuelve para mirar á Gabriel varias veces: esta salida queda encomendada á la actriz.)

GAB. ¡Ya me quitan á Fuensanta!... ¿Se la llevan? ¿Y á mí, quién? (Don Esteban, doña Andrea, don Modesto y Paquito se acercan: rodean á Gabriel. El señor de Torres se queda á alguna distancia observando.)

AND. A usted. . nosotros.

EST. Sus buenos amigos.

PACO Para tan solemne instante, ¿quién cómo nosotros?

GAB. ¡Quién como yo!... ¡quién como Dios!

MOD. Pues pronto, amigo mío...

GAB. Adelante .. (Hablando consigo mismo.) «¡Y entró con palmas de Jerusalén!» ¡Adelante! ¡Qué corte de honor! ¡Usted... y usted... y todos! (Otra vez distraído.) «¡Sí... pero salió con la cruz!» (Como hablando consigo mismo.) ¡Ea vamos, vamos!... (Todos salen riendo por el fondo, de donde se han ido retirando los demás personajes.)

BALT. Yo, no. ¿Y usted? (A Torres.)

TORRES Yo, sí; yo, sí. Es muy curioso. . muy curioso. ¡Qué caso tan curioso! (Salen detrás de los demás.)

ESCENA V

DON BALTASAR; un momento después PACO

BALT. ¡Yo, no; yo, no; yo no asisto á esa farsa! ¡Ni hay justicia, ni respeto, ni sentido común! ¿Y esto se consiente? ¿Y ese matrimonio se realiza?... ¡Qué infamia, qué absurdo, qué complicaciones para el porvenir! ¿Pues hay más que hablar cinco minutos con ese desdichado para comprender que está demente? ¡Es muy astuto, mucho! Esta noche ha fingido *estar cuerdo* de una manera admirable. Pero yo no lo sufro. ¡Fuera, fuera la careta... y si no á estocadas!... Por algo se dijo: «*El loco por la pena es cuerdo...*» Si Torres no basta, si el juez se hace el sordo, si no hay leyes, si no hay decoro, si no hay nada, yo me encargo... ¡yo! ¡Vamos, calma! Me parece que me va á dar una congestión. (Se sienta y se coge la cabeza entre las manos.)

PACO Hola, señor don Baltasar, ¿usted no quiere presenciar la ceremonia?

BALT. No, señor, no la presencio. Y desde aquí protesto.

PACO ¡Qué remedio, don Baltasar! Son más fuertes que nosotros, y la fuerza, lo he dicho siempre... la fuerza es la fuerza.

BALT. ¿Usted se resigna?

PACO Cuando no hay otro remedio, ¿qué remedio?

BALT. Eso es: está bien. Usted siempre juicioso.

PACO Por eso dice mamá que parezco un viejo por la moderación de mis pasiones. Gabriel me lo ha dicho mil veces: que soy *muy reflexivo.*

BALT. Pues si lo ha dicho el señor de Medina... ¡Ah! Entonces..

PACO Los niños y los locos dicen las verdades. Por de contado, los niños como niños...

BALT. (Impaciente.) Sí, y los locos como locos. Ya veo, ya, que es usted muy reflexivo.

PACO No me gusta sacar las cosas de quicio, por-

que cuando se sacan las cosas de quicio... todo, todo se desquicia.

BALT. Naturalmente. Y usted me está desquiciando la paciencia.

PACO ¿Pues qué quiere usted que haga?... Ustedes han sufrido en sus intereses... yo en mis intereses y en los afectos del corazón... Y cuando se sufre en los afectos del corazón... el corazón se afecta mucho.

BALT. Ya lo comprendo; pero usted ha tenido sus consuelos. Fuensanta les ha regalado á ustedes, porque ha sido regalo, doscientos mil duros. Eso ayuda mucho á tener resignación.

PACO ¿Para qué otra cosa ha de servir la resignación más que para resignarse?

BALT. Y ahora festeja usted á la baronesa viuda del Romeral, que es muy rica.

PACO Es una criatura encantadora. ¡Con qué atención me oye! No es mérito mío, pero parece fascinada. Cierra los ojos cuando yo hablo... para no perder una palabra. Y no porque yo diga cosas..

BALT. Ya lo supongo. Y basta. Me está usted contando cosas que no me interesan, y entre tanto... allá dentro... ¡Ira de Dios!

PACO No se incomode usted, don Baltasar.

BALT. (Aparte.) Este chico es idiota.

ESCENA VI

DON BALTASAR, PACO y DON MODESTO

BALT. ¿Acabó la ceremonia?

MOD. Todavía no. A mí estas cosas me conmueven. Yo soy así.

BALT. Y Gabriel, ¿qué tal?... ¿Qué dice? ¿Cómo se presenta?

MOD. Bien. Bastante bien.

BALT. ¿No dice ninguna extravagancia?

MOD. No dice nada; mira, saluda, sonríe... Nada, como cualquiera.

BALT. ¡Estos locos son terribles!... Les da la monomanía por estar formales, y dan un chasco á cualquiera. ¡Esto me pone fuera de mí!

MOD. No se incomode usted, don Baltasar.

PACO ¿Qué gana usted con incomodarse? Nada. Pues donde no se gana se pierde.

BALT. ¿De modo que no ha notado usted ningún síntoma... alarmante en Gabriel?

MOD. Ninguno. Es decir... es decir...

BALT. ¿A ver?

MOD. Está muy pálido, casi lívido. Y los ojos le brillan de un modo... Muchas señoras dicen: «¡Cómo le brillan los ojos!» Y algunas: «¡Es de felicidad!»

BALT. ¡De felicidad!... ¡El género humano está loco! ¿Y nada más?

MOD. Sí. Cuando entró en la capilla se acercó al altar, se inclinó sobre el paño, apoyó la frente y así estuvo un rato: en meditación, en adoración.. no sé.

BALT. ¡Ah! ¿Y entonces qué dijo la gente?... ¿Les causaría extrañeza?

MOD. No, señor. Las señoras se conmovieron y yo les oí decir: «¡Qué bueno, qué humilde, qué religioso!»

BALT. ¡Esto es intolerable... intolerable! El mismísimo diablo parece que inspira á ese hombre. ¡La farsa... la gran farsa... la iniquidad... la gran iniquidad... se consumó!... ¡No hay más!... ¡Se consumó!

ESCENA VII

DON BALTASAR, DON MODESTO, PACO y ANGELES

PACO ¿Terminó la ceremonia del casamiento?

ANG. Sí, señor; ya están casados. (Secándose los ojos.)

MOD. (Dándole un beso en la frente.) ¡Pobrecita mía!... ¡Lo mismo que yo!... ¡También se conmueve!... El matrimonio conmueve á todo el mundo.

BALT. ¿Y qué? ¿No ha ocurrido más?

ANG. Sí, señor; muchas cosas. ¡Qué bueno es el señor de Medina! ¡Qué alma tiene y qué corazón! Yo no digo que sea un santo, porque dicen que ya no hay santos, pero no es como los demás hombres. Lo dije siempre, y no me querían creer.

BALT. Ya lo creo.

ANG. Y esto lo dicen todas las señoras.

BALT. ¡Qué no dirán ellas!

MOD. Cuenta, cuenta. ¿Qué ha pasado?

ANG. Verán ustedes. Cuando todo acabó... vamos, cuando ya estaban casados, Gabriel se acercó al altar con un aire muy noble y muy reposado, y cogiendo un Crucifijo, se fué adonde estaba Fuensanta, y colocándole el Crucifijo en el pecho, le dijo con voz muy dulce: «Regocíjate, Fuensanta, tu Dios te tiende los brazos.» Fuensanta se echó á llorar y todos hicimos lo mismo. ¡Qué bonito, qué bonito! ¡Qué tierno!

BALT. ¿Y los caballeros?

ANG. Esos, como son tan secos de corazón, no lloraron; pero yo creo que también se conmovieron.

BALT. ¿Y el señor de Torres?

ANG. ¿Quién? ¿Uno que dicen que es médico y que es sabio? ¡Ah! Ese le miraba á Gabriel con unos ojazos que se lo quería comer.

BALT. Ya.

ANG. Yo creo que le tenía envidia.

PACO Escenas como estas no se repiten con frecuencia; por eso me inclino á creer que es una escena muy singular.

ANG. Bueno, pues entusiasmó á todo el mundo. Tanto, que un señor, que no sé quién era, yo digo que sería de la prensa, sacó un papel y tomó un apunte.

BALT. (Con alegría.) (¡Ah, ese era el notario!... Veremos, veremos, aún no está perdido todo.)

MOD. ¿Y después? (A su hija.)

ANG. Después, nada. Muchos abrazos, muchas felicitaciones... Todas nosotras llorando...

Fuensanta también... ¿Y qué más quieren ustedes?

PACO ¿Y Fuensanta?

ANG. Con tantas emociones, la pobre se siente fatigada, y todos le aconsejan que se retire... Doña Andrea, don Leandro y Gabriel harán los honores á los convidados.

MOD. ¿Va á venir Fuensanta?

ANG. Ahora mismo, en cuanto se despida... Ya está aquí.

ESCENA VIII

ÁNGELES, DON BALTASAR, DON MODESTO, PACO. En el fondo, FUENSANTA, DOÑA ANDREA; SEÑORAS 1.ª y 2.ª y CABALLEROS 1.º y 2.º formando un grupo

AND. Conque ahora te encierras aquí solita, y á descansar.

SEÑ. 1.ª ¡Buena falta te hace, pobrecilla!

SEÑ. 2.ª ¡Fuensanta, adiós!

ANG. Dame un abrazo y un beso (Besándola.) y hasta mañana.

MOD. Ya te felicité antes. Adiós, hija mía.

FUEN. Gracias... gracias... Son ustedes muy buenos...

PACO (En tono triste y cariñoso y con cierto aire solemne.) Quien desea verla feliz... es porque desea su felicidad. ¡Adiós, Fuensanta! (Dándole la mano.)

FUEN. (Sonriendo.) Agradecidísima, Paquito.

BALT. Sabes que siempre he deseado tu bien... Buen ánimo... Soy algo brusco; pero soy leal. En las ocasiones difíciles... el de siempre; siempre me tendrás á tu lado.

FUEN. (Mirándole de cierto modo.) No lo dudo... Adiós, don Baltasar. (Todos se van retirando. Fuensanta, impaciente y nerviosa, los sigue con la vista. Todos salen. Fuensanta toca un timbre y aparecen un criado y una doncella.) Cierre usted esas puertas. (El criado cierra las tres puertas del fondo.) Apague usted

esas luces: me molesta tanta claridad. (La doncella apaga casi todas las luces eléctricas.) Pueden ustedes retirarse. (Se queda sola.)

ESCENA IX

FUENSANTA. En cuanto lo indique el diálogo GABRIEL

FUEN. ¡Ya estoy sola, Dios mío, qué noche tan fatigosa! ¡Cuánta ansiedad! ¡Lo que cuesta la dicha! ¡Pero al fin soy dichosa! ¡Ya nadie tiene derecho para atormentarme más que Gabriel! ¡Esta, esta es toda la felicidad que puede dar el mundo: no depender más que de otro sér á quien se ame! No depender de los demás, como durante estos dos años me ha sucedido. ¡Al fin soy libre... porque al fin soy esclava! ¡Qué dichosa! (Pausa.) ¡Dichosa... dichosa! ¿Soy tan dichosa como digo? ¿No hay en la copa un dejo de amargura? No... ¡Qué desatino!... ¡Qué ingrata soy con Dios!... No sé por qué estoy inquieta... Tengo miedo... ¿Por qué he de tener miedo? Aquellos infames fracasaron en sus proyectos... ¡Buscaban un escándalo!... Y nada... Gabriel estuvo correctísimo. ¡Buen esfuerzo le costaba!... ¡Cuando se acercó al altar y lo besó, temblé: cuando me puse el Crucifijo en el pecho, temblé! ¡Qué mirada la suya! ¿Por qué me miraba de aquel modo? ¡Sus ojos parecían dos ascuas!.. ¡Desde entonces me da miedo la claridad! ¡Hay mucha luz... mucha luz!... (Apaga la luz: queda la escena á obscuras y ella acurrucada en una butaca.) Mejor es así; pero también me da miedo estar á obscuras... (Entra Gabriel por una de las puertas laterales.) ¿Quién ha venido? ¿Quién es? (Con sobresalto.)

GAB. Soy yo. (Caminando lentamente.)

FUEN. ¡Ah!... ¡Es mi Gabriel!

GAB. ¡Sí; tu Gabriel!

FUEN. Pues no te veo, ni tú me verás. ¿Quieres que encienda luz?

GAB. ¿Para qué? Yo te estoy viendo, alma mía.

FUEN. ¡Buena vista tienes!... (Riendo.) Porque yo... nada... nada... (Pausa.) ¿No me contestas? ¿Dónde estás?

GAB. (Se ha sentado en el extremo opuesto del escenario.) ¿Dónde he de estar? Cerca, muy cerca de mi Fuensanta.

FUEN. ¡Sí!... ¡Qué raro!... (Tendiendo los brazos y buscando.) ¡Pues no te encuentro! ¡No; me engañas!... (Con mimo.) ¡Estás muy lejos, muy lejos!

GAB. Por muy lejos que esté, siempre estaré muy cerca de ti

FUEN. ¿Eso enseña tu sabiduría, señor sabio? (En broma.)

GAB. Eso enseña. (Pausa.)

FUEN. Gabriel... ¿Estás todavía ahí?

GAB. Sí, como siempre; siempre estoy en todas partes.

FUEN. ¿Por qué no te acercas? ¡Mira que es gusto estar á obscuras!

GAB. Así estamos bien. ¡La luz es engañosa! Todo el mundo cree que la luz es una cosa muy clara. ¡Pobre gente! No; en la obscuridad es más luminosa la conciencia.

FUEN. Como tú quieras; pero me da tristeza.

GAB. No importa; amas demasiado las alegrías mundanas. Son falsas, traidoras, pasajeras.. Llora, llora y serás feliz.

FUEN. (Levantándose y dirigiéndose hacia él.) ¿Por qué dices eso? ¿estás enojado conmigo?

GAB. ¿Enojado contigo?... No, pobre mujer.

FUEN No me digas «pobre mujer.. » dime «Fuensanta . » En tus cartas me hablabas de otro modo... Cuando llegaste me mirabas con amor. Esta misma noche, á veces rugías con ira, dabas miedo; pero todo lo prefiero á este silencio, á esta indiferencia, á este supremo desdén que siento en la sombra caer de la sombra y anonadarme.. ¡Dí algo!... ¡Responde!... ¡Cómo te gozas en atormentar-

me! ¡Yo creía que eras muy bueno; pero no, no eres bueno!... (Con mimo.)

GAB. ¡*Bueno* es otra palabra! Ni soy *bueno* ni soy *malo; soy: yo soy.*

FUEN. ¡No, por Dios! No empieces con esas cosas. ¡Eres... sí, eres!... por eso te quiero yo; pero no porque eres, ¡sino porque eres mi Gabriel! ¡porque me maltratas, porque me acaricias!... ¡No!... ¡No!... ¡No me acaricias!... Tus manos están frías... tus brazos caen con desaliento... ¡tienes algo! ¡Quiero saberlo! ¡Tú me ocultas algún secreto!

GAB. ¡Ah... mi secreto! ¡Sí!... ¡Y no venía más que á eso!... ¡Y ya me había olvidado! ¡Y yo... buscando... buscando por entre los girones de la sombra!... ¿A qué vine?... ¿á que vine? (Con gran excitación.) Sí, vida mía, ¡mi *secreto*!

FUEN. ¡Bien lo sabía yo!... ¡Era preciso!... ¿Es un secreto triste? ¡Acaso un secreto terrible!

GAB. ¡No! ¡al contrario! ¡un secreto todo alegría! Se te acabó la tristeza para siempre! ¡un secreto todo luz! ¡Cuando lo sepas, ya no pedirás luz; porque toda la luz del universo la tendrás sobre tu frente con sólo acercarla á la mía!

FUEN. Ese secreto... ¿cuándo lo has sabido?

GAB. Lo supe siempre... pero *no lo supe...* Estaba en mí; pero tan escondido, ¡que yo no lo sabía! ¡Mira tú! Y yo... con ser quien soy... ¡como todos!

FUEN. ¿Como todos?

GAB. Sí... ¡como todos los hombres! ¡un hombre más! ¡Ya comprendía yo, que no era como todos! Yo sentía en mí un poder infinito: cuanto quería, eso realizaba. Yo sentía en mí una inteligencia infinita: cuanto quise saber eso supe: ¡ya lo creo, como que lo sabía de antemano! Yo sentía en mí un amor infinito. (Pausa.) ¡Para todos amor!... «¿Y por qué tengo yo tanto amor?» me decía á mí mismo. Y me lo decía muchas veces a mis solas... «Por eso, porque eres»... ¡pero yo hacía como que no lo entendía! (Ríe con risa de idiota.)

FUEN. (Retrocede espantada oprimiéndose la cabeza, destrenzándose el pelo.) ¡Gabriel!... ¡Gabriel! .. ¡despierta!... ¡despierta!

GAB. Sí, eso me dije á mí mismo un día: «Despierta...» y desperté.

FUEN. ¿Y qué?... ¡acaba, que me vuelvo loca! ..

GAB. Y un día, ¡óyelo, pobre mujer!... un día no pude más. . ¡mi corazón saltaba!... ¡saltaba mi cerebro!... ¡mi ser hizo explosión en mí!... *todo yo* me dije á mí mismo: «¡Pero si lo eres todo! ¡Si tú no eres Gabriel... si eres!...»

FUEN. ¿Quién eres?...

GAB. ¡Silencio!... yo soy...

FUEN. ¡Mi Gabriel! (Con gesto desesperado.)

GAB. ¡No... tu Gabriel, no! ¡Eso es poco! Yo soy «¡Tu Dios!»

FUEN. ¡Cómo! ¡qué!... ¡Mi Dios sí, porque Gabriel es mi Dios!... ¡pero nada más que por eso! ¡El Dios de Fuensanta: pero nada más!... ¡No! ¡No! (Loca de dolor, delirante, sollozando.)

GAB. ¡No!... ¡No me empequeñezcas, mujer!... ¡*El Dios de todos*! ¡El Dios de todo!... ¡El Dios *uno, eterno, infinito* .. ¿No digo Dios? ¡Pues Dios! ¡Gabriel es Dios! Soy el que fué, el que soy, el que será!

FUEN. ¡Ah!... ¡No!... ¡Jesús!... ¡Calla... calla!... ¡Mentira!... ¡mentira!... ¡mentira!...

GAB. ¡Mentira... dices que es mentira! ¡Reniegas de mí!... ¡La soberbia, la maldita soberbia!... (Con acento terrible y haciéndola caer de rodillas.)

FUEN. (De rodillas y llorando) ¡Gabriel!... ¡Gabriel!... ¡No... esto es un sueño... una pesadilla!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

GAB. ¡Al fin me llamas! ¡Así!... ¡Arrepiéntete y llora!. . ¡Dios se alimenta de lágrimas! (Al oído.—Pausa.—Fuensanta en tierra, llorando; él de pie á su lado.)

ESCENA X

FUENSANTA, GABRIEL; por una puerta lateral DON BALTASAR y un CRIADO

CRIADO (En voz baja.) Sí, señor... sí... pasa algo... Como usted dijo que se le avisase...

BALT. Ha hecho usted bien... retírese usted. (El Criado se retira.)

FUEN. ¡O me he vuelto loca... ó estoy soñando!.. ¡quiero despertar!... ¡Que me despierten! ¡Socorro! ¡socorro!... ¡Despertar!... ¡despertar!...

GAB. ¡Calla. . calla!... ¡Tus gritos me irritan!... ¡Si no, yo haré que calles! ¡La vida es mía... el silencio es mío! (Sacudiéndola frenético)

FUEN. ¡A mí!... ¡A mí!... ¡Socorro! ¡Salvación!

BALT. (Precipitándose entre los dos y separándolos.) ¡Sí, Fuensanta, yo te salvaré!

GAB. ¿Quién eres?

BALT. Quien sabrá sujetarte. (Cogiéndole por un brazo.)

FUEN. ¡No, á él no! (Queriendo separarles.)

GAB. ¡El, el ángel maldito de las tinieblas!... ¡Sí, luchemos!... ¡Qué hermoso es luchar en la negrura, y abrazarse con girones de sombra, y sentirse fuerte y vencer!... (Luchan á oscuras, Gabriel derriba á Baltasar. Fuensanta, como loca, pide socorro. Baltasar da gritos de rabia. Gabriel da carcajadas de gozo frenético.)

ESCENA ÚLTIMA

FUENSANTA, GABRIEL, DON BALTASAR. Al abrirse las puertas del fondo aparecen todos los demás personajes del drama y ademas multitud de Caballeros y Señoras. La situación es la siguiente. Baltasar en tierra sin sentido. Vencedor y pisándole casi, Gabriel. Las puertas del fondo abiertas. En primer término á oscuras, los salones de segundo y tercer término llenos de luz muy espléndida para que el contraste sea mayor. Todos los demás personajes amontonados á las puertas y sin hacerse cargo todavía de lo que pasa; en el primer momento no ven más que á Gabriel y á Fuensanta. Gritos confusos de

todos: «¡Loco! .. ¡Está loco!... ¡Si perdió la razón! .. ¡Era verdad!... ¡Le ha dado muerte!... ¡Hay que salvarle!... ¡Es don Baltasar!... ¡A él!... ¡A él!...» Quieren entrar en tropel y precipitarse sobre Baltasar y Gabriel, pero éste avanza terrible sobre todos y retroceden

EST. ¡La locura!

GAB. ¡Atrás! ¡Atrás! ¿Sabéis quién soy?

FUEN. ¡No, Gabriel!... ¡Calla!

GAB. ¡Imbéciles! ¿Sabéis quién soy?

FUEN. ¡Calla, calla!

GAB. ¿No lo sabéis? ¡Pues dilo tú... dilo tú! (A Fuensanta.) ¡De rodillas! ¡Y dilo tú... dilo tú, Fuensanta! (Rompe en carcajadas frenéticas; todos se precipitan; confusión, gritos y carcajadas, y sobre todos, los gritos de Fuensanta, que dice:)

FUEN. ¡Gabriel!... ¡Gabriel! .. ¡Gabrie !... (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo. Es de dia

ESCENA PRIMERA

RAMONA, RESTITUTO (Criados)

RAM. Te digo, Restituto, que yo lo veo muy malo.

REST. ¿A quién se lo dices, Ramona? ¿Si está malo? De eso no hay que hablar.

RAM. ¿Estabas en el salón la otra noche, la noche de la boda?

REST. Yo estoy siempre donde me llama mi obligacion.

RAM. ¿Y viste lo que pasó?

REST. De eso no hay que hablar: ví lo que vieron todos.

RAM. Yo fuí quien avisó á don Baltasar; él me lo había encargado, porque él algo temía.

REST. Pues cuando abrimos las puertas y acudieron las señoras y los señores, nos encontramos á don Baltasar hecho un trapo, como muerto, y á don Gabriel pisoteándolo. Vamos, que aquello era por demás.

RAM. Como que se había dicho, se había dicho: «¡Don Gabriel está loco, está loco!»

REST. De eso no hay que hablar. Don Gabriel está

más loco que una espuerta de gatos, aunque sea mala comparación.

RAM. ¡Pobre don Baltasar! Verdad es que él tiene muy mal carácter.

REST. De eso sí que no hay que hablar Como mal carácter lo tiene. Y mira tú, no nos pareció mal que don Gabriel le escarmentara. A esos que son tan fieros, no les sienta mal...

RAM. Sí, pero es que por poco le mata. Como que ha intervenido la justicia; y ha estado muy malo, muy malo el pobre señor.

REST. Un poco que lo habrá estado y otro poco que lo habrá fingido.

RAM. Hombre... hombre... no hay que creer eso.

REST. Se cree lo que se cree, que aquí no somos bobos, y ya sabemos adónde va cada uno.

RAM. Si don Gabriel no tuviera tanto dinero, ya sabemos adónde habría ido: á la cárcel. Di que hubieras sido tú el que hubiera maltratado á don Baltasar, y á ver dónde estarías.

REST. De eso no hay que hablar. Pero, Dios sabe... Dios sabe.

RAM. ¿Qué?

REST. Que si no le llevan á la cárcel, es porque piensan llevarle á otro sitio peor.

RAM. ¿Peor que á la cárcel?

REST. Peor. Que en la cárcel, hay á veces personas juiciosas, y donde yo digo...

RAM. ¡Ah! ¿Tú dices?...

REST. Pues. Claro es que don Gabriel no está firme de la cabeza.

RAM. Justo, que perdió la razón.

REST. Y don Paquito, con ese talento que Dios le ha dado y ese modo de hablar, que todo se lo encuentra dicho, lo dijo la otra noche: «Señores, de quien pierde la razón, no hay que esperar nada razonable.»

RAM. Pues mira tú, está en lo cierto.

REST. ¡Si está!... ¡No es cosa! ¡Anda, anda! Don Paquito es don Paquito.

RAM. Eso he creído yo siempre.

REST. De eso no hay que hablar.

RAM. Bueno, ¿y qué va á pasar aquí?

REST. Que á don Gabriel quieren los otros meterlo, como si dijéramos, en una jaula. ¿Para qué están las jaulas?

RAM. Para los pájaros.

REST. Y para los que están como dicen que está el pobre don Gabriel.

RAM. ¿Y la señorita lo va á consentir?

REST. Pues aunque no lo consienta, que para eso está la justicia, para hacer las cosas que han de hacerse, aunque los demás no quieran hacerlas. Te digo que don Gabriel está *empapelado.* En viendo tú á un hombre empapelado, dí tú que está perdido. Yo, pongo por caso, soy Restituto, y todo el mundo me dice: «Restituto, Restituto,» y nada, tan fresco: como y bebo y duermo y digo que Ramona es muy guapa, y nada. Pero escriben en papel sellado «Restituto», y el escribano pone una cruz, y dame por muerto, que han puesto mi epitalamio.

RAM. No, en eso tienes razón; que por una firma que echó un primo mío murió en presidio el pobre. Pero es que la señorita tiene mucho dinero.

REST. Pues aunque lo tenga; quiere decir que eso más perderá: el dinero y el marido. Que si le quedase el dinero, menos malo.

RAM. Es que tú no la conoces.

REST. Un ángel de Dios, más buena que el pan.

RAM. Una leona desencadenada. Está más furiosa que el loco. ¿Qué piensas tú que piensa hacer?

REST. ¿Lo sabes tú?

RAM. Me lo figuro. Meter en ese barco tan hermoso que tiene en el puerto al señorito, y andando... ¡á tragarse el mar! ¡La mar!

REST. (Riendo) Pues mira, está bien; y el juez en la orilla: «Que te empapelo, que te empapelo.» ¡Papeles mojados! Y el escribano en la orilla haciendo cruces en el agua. Y el vapor echando humo. ¡La del humo!... Y pitío va y pitío viene, la máquina. ¡Pobre señorita,

que la quieren quitar su marido! ¡Que está loco!... ¡Pues que lo esté!

RAM. No parece sino que los maridos que no están locos son mejores.

REST. De eso no hay que hablar: los hay buenos y los hay malos. ¿Pero tú tienes algún fundamento para eso que dices?

RAM. Te diré.

REST. Vamos á ver.

RAM. Don Gabriel hizo venir á dos hombres... de los del barco... dos marineros: uno es de Méjico, y el otro... no sé si habla inglés. Dicen que es inglés. Bueno, pues estuvo encerrado en su despacho con ellos.

REST. ¿Y también la señora?

RAM. La señora no estuvo. Pues al salir los dos marineros hablaban entre sí; decían cosas que yo no comprendía, porque no hablaban claro, ¿sabes tú? Como un hombre no hable español, no se le entiende. Pero el de Méjico decía: «El lo manda, y yo, lo que él mande. No sé para qué será; pero él lo manda.»

REST. ¿Y qué es lo que mandaba don Gabriel?

RAM. No lo sé. El que hablaba inglés ponía la cara muy fea y meneaba la cabeza.

REST. Pues no lo entiendo.

RAM. Ni yo. Pero oye. Anoche se escapó don Gabriel, y la señora no le encontraba. Le buscamos, sin despertar á nadie, porque la señora no quiso, por toda la casa. Pues anduvo por las habitaciones de abajo con los dos marineros, que no los ví entrar, pero los ví salir. Todo esto da que pensar.

REST. Pues luego pensaremos, porque ahora me parece que la señora viene.

RAM. Sí... ¡María Santísima, cómo está la señora! Yo creo que se vuelve loca, como dicen que está el señor, y entonces los dos...

REST. Don Paquito lo tiene dicho: *Un loco hace ciento.*

RAM. Calla. (Se retiran los dos á un lado.)

ESCENA II

RAMONA, RESTITUTO, FUENSANTA por la derecha, en estado nervioso, pálida, descompuesta

FUEN. Nadie... ¡Ah, vosotros!
RAM. ¿La señora manda algo?
FUEN. Nada. Idos. No; esperad. ¿Qué hora es? (Buscando un reloj con la vista.)
REST. Las cinco.
FUEN. ¡Las cinco! Imposible: debe ser más tarde. ¿A qué hora anochece?
RAM. A las siete ya es de noche.
REST. Noche cerrada, á las ocho.
RAM. Pero hay luna.
FUEN. (Colérica.) ¿Por qué? ¿Por qué?
REST. ¡Señora!
FUEN. Sí. . bueno... no digais nada... No puedo... No puedo.
RAM. ¿La señora se pone mala?
FUEN. ¿Yo?... No. Dejadme. (Van á salir.) Pero no os vayáis. (Se dirige impetuosamente al fondo de la galería.) Venid aquí. (A Ramona y Restituto.) ¿Veis aquel *yacht*?
RAM. ¿Aquel barco grande? ¿El de casa?
FUEN. Sí. ¿Echa humo la chimenea?
RAM. No, señora.
REST. Me parece que empieza á echar humo.
FUEN. ¿Sí? Tú tienes buena vista. Es verdad; yo veo algo.
RAM. Son unas nubes. No señora, no. No han encendido.
FUEN. ¿Por qué? ¿Lo sabes tú?
RAM. Yo... no señora. Pero si la señora ó el señor lo han mandado...
FUEN. No hemos mandado nada. ¡Y cuidado con ir contando mentiras!
RAM. Señora... nosotros...
FUEN. ¿Qué hora es?
REST. Poco más de las cinco.
FUEN. ¡Eso digísteis antes! ¡Siempre lo mismo! ¿Y Basilio?

RAM. Salió hace mucho rato; dijo que la señora le había mandado á buscar á don Leandro.

FUEN. ¿Ha vuelto?

REST. No, señora.

FUEN. Cuando vuelva que entre en seguida.

RAM. Sí, señora.

FUEN. Pero nadie más; él ó don Leandro. ¿Lo entendéis?

RAM. ¿Y si viene doña Andrea ó don Esteban?...

FUEN. A nadie, á nadie recibo.

REST. Es que á veces insisten... y nosotros... no nos atrevemos á echarlos.

FUEN. ¿Quién manda?

REST. Señora... de eso no hay que hablar.

RAM. Se les echará...

FUEN. (Corriendo á la cristalería angustiada.) ¡Dios mío, Dios mío, estas horas! ¡Estas horas!... ¡Callad! ¿Me llama?... Sí... ¡Es él! ¡Es él!... Voy... voy... Gabriel... Si estoy muerta y esa voz me llama... ¡todavía voy! (Sale vacilante.)

ESCENA III

RAMONA, RESTITUTO. Después BASILIO

RAM. ¿Has visto cómo está la pobre señora?

REST. ¡Ya! ¡Ya! Da pena.

RAM. Es la tercera vez que sale, desde hace dos horas, á ver si han encendido la máquina. ¿Qué te decía yo?

REST. Yo creo que estás en lo cierto. Alguien sube. (Mirando por la puerta del fondo.) Aquí está Basilio.

BAS. ¿Y la señora?

RAM. En sus habitaciones.

BAS. Pues dígale que estoy aquí.

RAM. (Con curiosidad.) ¿Hay algo?

REST. (Lo mismo.) ¿Ocurre algo?

BAS. Nada, no ocurre nada. Hágame el favor de avisarle en seguida.

RAM. Ahora mismo. (Sale por la primera derecha.)

REST. ¿Sabes algo?

BAS. No.
REST. ¿Has notado algo?
BAS. Sí. Gente que no me gusta, así como de policía, alrededor de la casa.
REST Yo también. Es para que no se escape.
BAS. ¿Quién?
REST. El amo. Porque el amo está *empapelado*...
BAS. Es una infamia de todos esos. ¿Por qué? Vamos á ver, ¿por qué?
REST. Calla, que aquí viene el ama.

ESCENA IV

DICHOS, FUENSANTA y RAMONA, por la derecha primer término

FUEN. (Al ver á Basilio.) ¡Gracias á Dios!
BAS. Señora...
FUEN. Pueden ustedes retirarse. (A Ramona y Bestituto. Estos se inclinan y salen hablando en voz baja.)

ESCENA V

FUENSANTA y BASILIO

FUEN. ¿Le encontraste?
BAS. Sí, señora.
FUEN. ¿Y le hablaste?
BAS. Sí, señora, hablé con don Leandro.
FUEN. ¿Con él mismo?
BAS. Con el mismo don Leandro.
FUEN. ¿Y le has dicho?...
BAS. Que venga en seguida; en seguida. Que la señora le espera con muchísima impaciencia.
FUEN. ¿Y vendrá?
BAS. Al momento. Mandó poner el coche.. porque no se siente bien y por eso no ha venido antes. Pero vendrá en seguida.
FUEN. ¿No has oído nada? ¿No has visto á nadie?

La verdad, yo me fío de ti, porque sé que eres bueno. Dí lo que sepas.

BAS. No sé nada, señora. Pero he visto alrededor de casa... gente que no me gusta.

FUEN. Ya lo sé. ¡Nos vigilan! Veremos... veremos... ¿Fuiste al *yacth?*... ¿Hablaste con el capitán?

BAS. También he ido.

FUEN. ¿Y no han recibido las órdenes de Gabriel? ¿Pues por qué no las obedecen? ¿Por qué? ¿Es que nos hacen traición? ¿Por qué no encienden?

BAS. Han empezado á encender; ahora, cuando yo volvía, empezaban á echar humo las chimeneas.

FUEN. No: te digo que no Si no, ven. (Llevándole al rompimiento de cristales) Mira... ¡Ah!... Sí... Al fin... ¡Ya era tiempo!...

BAS. ¿Lo ve la señora?... Las dos chimeneas... las dos máquinas...

FUEN. ¡Sí... sí... ahora empiezan, pero tardarán mucho... mucho!... Dicen que es una operación muy pesada... ¡Ah!... ¡Qué gente!... ¡Qué gente!. . ¡Qué calma! ¡Nosotros, qué calma! ¡Y aquéllos, don Baltasar, don Esteban, todos... qué actividad febril!

BAS. No tema la señora: antes de una hora están las calderas en presión. ¡Ah! Don Gabriel ha traído unos maquinistas de *primera.* ¡Inteligentes y atrevidos! Para acabar más pronto, son capaces de echarle un barril de petróleo al carbón. (Riendo.) ¡Son unos demonios del infierno! ¡Y obedientes y leales!... ¡Bah!... ¡Lo que don Gabriel les manda y nada más! .. ¡Sea lo que fuere: aunque sea una atrocidad! ¡Les paga bien!... ¡Como esclavos!... No se apure la señora.

FUEN. ¡Ay, Basilio... me das aliento, que bien lo necesito! ¿Y dónde nos embarcaremos?

BAS. En la escalinata del parque.

FUEN. ¿Tiene buenos remeros la lancha? ¿No nos podrá alcanzar nadie?

BAS. ¡Señora. . es una lancha que vuela! ¡Tiene máquina de petróleo!...

FUEN. Bueno, bueno. (Mirando por la cristalería.) ¡Me consumo!... ¡Basilio, me consumo!... ¿Cuándo será de noche?

BAS. No tenemos ni una hora de sol.

FUEN. ¡Cuánto tiempo todavía! ¡Si yo pudiera empujar al tiempo!... ¡Y traer muchas nubes y traer muchas sombras!... Mira... quédate ahí fuera por si te necesito para algo.

BAS. Sí señora.

FUEN. Lo ves... ¿lo ves?... ¡No viene don Leandro!

BAS. (Mirando á la puerta del fondo.) ¡Ya está aquí!

FUEN. ¿Sí? ¿De veras?.. ¡Ah! ¡Sí!... ¡El! Vete y espera ahí fuera. (Vase Basilio y entra don Leandro.)

ESCENA VI

FUENSANTA y DON LEANDRO

FUEN. ¡Ay, don Leandro! ¡Que ya pensé que no venía usted!

LEAN. Pero hija, si ya iba á venir; dijimos á las seis.

FUEN. ¡Sí... tiene usted razón! ¡Pero es que ya no puedo más!... ¡No puedo más!

LEAN. Vamos, Fuensanta, valor; hija mía, valor.

FUEN. ¡Valor tengo... ya verá usted!...

LEAN. ¿Y sigues con tu proyecto?

FUEN. ¡Con mi proyecto!... ¡Pero si es el único... si no hay otro para defendernos contra esa infamia!... ¡Contra esos infames!...

LEAN. Sí... es verdad... pero es muy arriesgado. ¿Lo has pensado bien? ¿Sola con Gabriel?... ¡En el estado en que se encuentra!

FUEN. ¡Qué!... ¡Usted! ¡También usted!... ¡Ya piensa como todos!..

LEAN. No: no pienso como todos. Pero no hay que cerrar los ojos á la evidencia.

FUEN. (Con tono de desafío.) ¿Qué evidencia?

LEAN. Yo no quiero entristecerte .. pero el estado de Gabriel...

FUEN. (Como antes.) ¿Qué quiere usted decir? ¡Pronuncie usted la palabra horrible!... ¡Si estoy

acostumbrada á oirla: si él mismo la repite y se ríe! ¡Se ríe! ¡Vamos!... ¡No faltaba más que usted! Gabriel está...

LEAN. Pues bien; si es preciso... la pronunciaré... Gabriel está...

FUEN. ¡Loco!

LEAN. No digo tanto.

FUEN. ¡Mentira... infamia! ¡Por el extravío de un momento, por una excitación natural! ¡Entonces, todos, todos estamos locos; usted, don Baltasar, yo misma, yo más que nadie! (Con excitación creciente.) Yo lo veo todo confuso; no coordino dos ideas, odio á todos y quisiera golpear, deshacer... con que á ver, á ver qué hacen de mí...

LEAN. Gabriel por poco da muerte á don Baltasar.

FUEN. Y yo, si hubiera podido, también lo hubiera hecho. Esté usted seguro. No es eso, no es eso. El plan de todos ellos es claro y lo van realizando. Que Gabriel quiso dar muerte á don Baltasar, (Va enumerando con ironía.) que todo el mundo lo vió, que es público: bueno. ¿Está en su sano juicio? Pues como criminal á la cárcel ¿Perdió la razón? Pues al manicomio. Y entretanto en observación. Eso, eso es lo que proyectan; sépalo usted si no lo sabe. Llevárselo, separarlo de mí para siempre, para siempre, porque estas cosas no acaban nunca ¡Cuándo, cuándo se sabe de fijo que un hombre perdió ó no perdió la razón! Meses, años, la duda es para siempre, y entre tanto él, ó se vuelve loco de veras, ó se muere de desesperación, y yo me muero con él. Y ahí quedan millones, muchos millones, la plata que blanquea, el oro que brilla, una fortuna inmensa, un montón de tesoros, y sobre ellos la codicia humana. Don Baltasar con los dedos engaravitados; don Esteban con los ojos chispeantes; Paquito con su risa de idiota; don Modesto, con la baba caída; Andrea, con la boca temblona; todos á saciarse, y Gabriel y Fuensanta, pudriéndose en la tierra con menos

podredumbre que la que llevan esos miserables en la conciencia.

LEAN. Tienes razón: todo eso es cierto; ¿pero qué se hace para evitarlo si la fatalidad nos ata las manos?... La fuerza es suya, la ley está con ellos, buscan su interés, pero defienden la verdad.

FUEN. ¿La verdad? ¿Y usted lo dice?

LEAN. Sí .. no hay que hacerse ilusiones... ¡Gabriel perdió la razón!

FUEN. ¡Ah! ¿Usted lo cree?... ¿Lo cree usted de buena fe?

LEAN. Y tú también, aunque con terquedad sublime te empeñes en no confesarlo á nadie, ni á ti misma. Quieres engañarte... y te tapas los ojos para no ver y los oídos para no oir, y te abrazas desesperada á Gabriel... Te admiro... pero no puedo hacer otra cosa... La evidencia me vence.

FUEN. Pues á mí, no; primero, porque no es evidencia, sino error y maldad; y en todo caso porque yo no necesito convencerme de nada para hacer lo que tengo que hacer.

LEAN. ¿Y qué es?

FUEN. Ya lo sabe usted, huir; puede vendernos.

LEAN. (Protestando con indignación.) ¡Fuensanta!

FUEN. Huir, sí, dentro de poco, en cuanto anochezca: al *yacht* y libres. ¿Nos quieren cerrar el paso?... Tanto peor para los que la intenten. Desembarca la marinería, gente perdida, gente desalmada, lo que usted quiera: yo digo gente sublime, que obedecen á Gabriel como á Dios, y á balazos nos abrirán camino.

LEAN. ¡Fuensanta... hija mía, pero tú deliras! (Ha salido Gabriel por el fondo: ya tiene aspecto decididamente de loco. Y lentamente, con precaución, mirando con recelo, se va deslizando por el fondo hasta llegar á la puerta de la escalera. Al abrirla hace ruido y se vuelven Fuensanta y don Leandro: él se detiene y se encoge como un niño á quien sorprenden.)

ESCENA VII

FUENSANTA, GABRIEL, DON LEANDRO

FUEN. ¡Ah, Gabriel!

LEAN. Gabriel...

GAB. No iba á hacer nada malo: no iba á escaparme. (Preparándose para retroceder y hablando con miedo y encogimiento.)

LEAN. (A Fuensanta.) ¿Lo ves, hija mía?

GAB. Bueno, pues me vuelvo... me vuelvo á mi cuarto... no hay que enojarse.

FUEN. No, Gabriel: ven aquí y hablemos formalmente.

GAB. (Adelantándose.) ¡Formalmente! ¿Pero en este mundo hay nada formal, ni nada que merezca la pena de ser formal?

FUEN. ¡Lo ve usted!

GAB. Si el mundo es una eterna mascarada. La *nada* se disfrazó de nada y lo era todo: el germen infinito de la creación. Conque yo, ¡tras! le dí un capirotazo... cayó la inmensa careta y se cuajó el espacio sin fin de soles y de mundos.

LEAN. ¡Lo ves, pobre Fuensanta! ¿Y tú has hecho eso? Porque tú... ya sabemos lo que eres. (A Gabriel.)

GAB. Silencio... eso no se dice... no se publica... porque figúrese usted, yo digo «¡que soy Dios!» y los demás dicen «que estoy loco». Conque si Dios perdió el juicio, hágase usted cargo de lo que va á ser el universo. (Con risa estridente.) ¡Desdichados... desdichados!

LEAN. (¡Desdichado tú, desdichada esa pobre mujer!) (Gabriel se pasea hablando consigo mismo y sonriendo y mirando con malicia á los demás.)

FUEN. Fíjate... tenemos que defendernos.

GAB. ¿Quiénes?

FUEN. Nosotros.

GAB. ¿Contra quién?

FUEN. Contra aquellos... contra los que codician

mi fortuna... contra los que trabajan por separarnos.

GAB. (Abrazándola.) ¡Separarnos! ¡Que prueben!

FUEN. ¿Verdad que no lo permites?

GAB. ¡Que prueben!

FUEN. ¡Pues por eso hay que huir!

GAB. ¡Ah... sí... tu idea! (Sonriendo.) ¡Pobrecita! ¿Tú qué has de pensar? (Como condescendiendo.) Pues ya estoy en ello. Por eso vine aquí. Llama á ese... á ese... ¿Comprendes? No sé qué nombre tiene... ni me importa.

FUEN. ¿A Basilio?

GAB. Bueno... puede ser Basilio... como puede ser otro cualquiera.

FUEN. Es el de más confianza. (Fuensanta se aproxima á la puerta del fondo y le llama.) ¡Basilio! ¡Basilio!

BAS (Entrando.) ¡Señora!

FUEN. El señor te llama, ven... pronto.

ESCENA VIII

FUENSANTA, GABRIEL, DON LEANDRO y BASILIO

BAS. (Acercándose á Gabriel.) Señor...

GAB. ¿Qué quieres?

FUEN. Cumplir lo que tú le mandes: es muy fiel, nos quiere mucho, se echaría al fuego por nosotros. (Gabriel se echa á reir.)

GAB. Tú... tú serías capaz.. Ya me acuerdo, ya me acuerdo... decía usted que no me acordaba... (A don Leandro.) Es bueno... muy bueno... pero muy mentecato. (Se lo dice en voz baja á Fuensanta por don Leandro.)

FUEN. ¡Gabriel!

GAB. (Sacando un papel.) Acércate y oye. (A Basilio con solemnidad.) Vas á llevar esto al *yacht*... ¿sabes?... mira aquel barco. (Llevándole á la cristalería.) El que echa humo. ¡Qué hermoso! ¿verdad? Los hombres han hecho cosas hermosas! No, á ratos no son tan estúpidos como yo decía. De ordinario son muy estú-

pidos, muy idiotas, pero tienen chispazos de genio. ¡Yo sé por qué! (Con malicia.)

FUEN. ¡Gabriel, que te distraes!

GAB. Sí, suelo distraerme. ¡Y bueno se pone el mundo cuando yo me distraigo! (Don Leandro hace un movimiento. Fuensanta lo previene.)

FUEN. Vamos. (Con dulzura, pero con tenacidad para defenderle.)

GAB. Pues vas á llevar este papel á ese barco tan hermoso: al mío... Es decir, *míos lo son todos*, lo es todo; pero en fin... al que decís vosotros que es mío. ¿Te has enterado? (Extendiendo las manos como para abarcar el espacio.—Dándole el papel á Basilio.)

BAS. Sí, señor. Le doy esta carta al capitán.

GAB. No, al capitán no. A uno de aquellos que vinieron ayer: ¿les conoces?

BAS. Sí, señor. Dos marineros mal encarados.

GAB. (Mirándole y sonriendo.) Esos... Anda... pronto. (Sale Basilio por el fondo.)

FUEN. ¿Les das orden de que estén dispuestos, de que vengan á buscarnos? (A Gabriel.)

GAB. (Distraido.) Sí... justamente. ¡Mal encarados!... ¡Dice que son mal encarados!

FUEN. Que son muy rudos, quiso decir.

GAB. No... mal encarados... Pues mal encarados lo son todos los hombres. El primer día de la creación no lo eran, hoy sí. (Paseando pensativo.) Aquella belleza primitiva se extinguió. Hoy son monstruosos, son ridículos, son feos.

FUEN. ¡Gabriel!

GAB. Calla, y oye y aprende. ¿No sabes en qué consiste? Yo os lo explicaré. (Les llama á sí; se pone entre los dos.) ¡Es el elma! ¿Eh... os hacéis cargo?... ¡Es el alma! Figuraos un muñeco de cartón, que para que esté derecho le ponen un eje de acero. Mientras está derecho el eje, el muñeco, á pesar de lo despreciable de la materia que lo forma, está derecho, esbelto, casi gallardo. Pero se tuerce el eje y el cartón con él: con el eje se tuerce y se arruga y se abolla. ¡Pues el eje del cuerpo huma-

no es el alma! ¡Ay, si el alma se tuerce! ¡Las manchas, las miserias, las arrugas, las torceduras del cuerpo son manchas, miserias, arrugas, torceduras del alma! ¡Ah, muñeco encartonado que antes de abollarse por fuera, te habías abollado por dentro! (Furioso, palpitante.)

FUEN. ¡Todo esto es verdad! Por decir estas cosas no hay motivo para decir que está loco. (A don Leandro, que baja la cabeza tristemente.—Pausa.)

LEAN. ¿Y tú vas á arreglar todo eso?

GAB. Es claro.

LEAN. ¿Cómo?

GAB. ¡Hay que purificarlo todo!

LEAN. ¿De qué manera?

GAB. No puedo decirlo: os asustaríais. Sobre todo, mi pobre Fuensanta. Ella no lo necesita: pero tiene que sacrificarse por los demás... como yo. Usted no... porque usted... es un buen señor... pero harto hará con sacrificarse por sí mismo. (Sonriendo bondadosamente.)

LEAN. ¡Fuensanta! (En voz baja.)

FUEN. ¡No quiero oir nada! ¡Es un sabio, un santo, si no es Dios... es mi Dios!... ¡Basta! (Separándose de don Leandro. Gabriel se pasea distraído y hablando consigo mismo.)

ESCENA IX

FUENSANTA, GABRIEL, DON LEANDRO y RESTITUTO

REST. Señora...

FUEN. ¿Qué?

REST. Han venido don Esteban, doña Andrea y su hijo... y dicen que desean ver á la señora.

FUEN. ¿Y no les ha dicho usted?...

REST. Sí, señora... pero insisten... que es urgente, que es necesario, que es gravísimo...

FUEN. No... no... no quiero verles, ¡que se vayan!

LEAN. Acaso no es prudente...

FUEN. Puede ser... Pues vaya usted... á ver qué quieren... gane usted tiempo.

LEAN. Sí, voy allá... (Vuelve, se acerca cariñoso y conmovido á Fuensanta.) ¿Desconfías de mí?

FUEN. ¡No!... ¡Perdóneme usted! ¡No sé lo que digo! ¡Voy á perder el sentido... y voy á perder el juicio! ¡Por Dios, pronto!...

LEAN. ¡Sí... valor!... No sé... no sé... no sé qué debo hacer. (Sale por el fondo con Restituto.)

ESCENA X

FUENSANTA y GABRIEL. Empieza á anochecer, pero no es de noche todavía; el cielo, que se ve por todo el rompimiento de cristales, se va cargando de nubes rojizas.

FUEN. Gabriel... (Gabriel está mirando al cielo.)

GAB. ¡Ah! ¿Eres tú? (Como despertando de su sueño.) Mira, el sol se pone: sus últimos rayos inflaman ese montón de nubes: ¡parece un inmenso incendio sobre el mar! ¡Muy hermoso, muy hermoso! ¡todo es muy hermoso!

FUEN. ¡Gabriel, me das miedo!

GAB. ¡Es natural!

FUEN. Si te oyeran dirían... ¡Si te oyeran, estabas perdido! Estas cosas sólo las puede decir un Dios; si las dice un hombre... ¡se acabó, se acabó para siempre!... (Con terror.)

GAB. ¡Es verdad! Bien dices; si las dice un hombre, al manicomio, á la celda, á la camisa de fuerza... por imbécil, por soberbio, por sacrílego... ¡Ni yo lo consentiría!

FUEN. ¡Gabriel!... ¡Gabriel, que me espantas, que me horrorizas! ¡Mira, estoy luchando hace muchos días con una idea, una idea muy negra! ¡Es el contagio, el contagio maldito! Sí, me han contagiado. Repetirme de día y de noche en voz muy baja... «¡Gabriel está!... ¡Gabriel está!... ¡Gabriel está!...» No... no... que no acabe, que no lo piense, que no lo diga. (Arrojándose á él, cogiéndole las manos y ciñéndolas á su cuello.) ¡Ahógame, Gabriel! ¡Si eres hombre, mátame; y si eres Dios, mátame también!.. La muerte y el olvido y el

silencio, por ti, por mí, ¡por Dios! (Desfallece y cae en los brazos de Gabriel.)

GAB. (Ciñéndola las manos al cuello y acariciándola.) ¡Qué hermosa eres, qué buena y *qué bien lloras*! Tus ojos qué dulces, tu voz qué armoniosa, entre sollozos tu cuello, ¡qué torneado y qué suave!

FUEN. ¡Así.. así!... ¡pues háblame así!... ¡si con eso basta!

GAB. Es verdad: con decirte que te amo, te lo he dicho todo.

FUEN. (Con dulzura infinita: algo de pasión mundana.) ¿Ves tú? Hablando así, Gabriel mío, yo te comprendo y nadie se atreverá á decir... (Conteniéndose.)

GAB. ¿Qué?

FUEN. Nada.. ¿Qué nos importa lo que diga el mundo?

GAB. A mí, nada. Con oir tu voz me basta: es tan dulce... sigue... sigue... ¡Siempre oyéndote! Aunque repitas siempre lo mismo no importa.

FUEN. ¿Por qué decías antes aquellas cosas tan extrañas? ¿Por qué?

GAB. No sé. ¿Pues qué decía?

FUEN. Sí lo sabes, sí. Era para ponerme á prueba, ¿verdad? Era para ver si yo era como todos esos, si renegaba de mi Gabriel, ¿no es cierto?

GAB. ¡Renegar! ¡Ah! No sería la vez primera que renegasen de mí. (Con aire misterioso.) ¡Tres veces! ¡Por tres veces!

FUEN. (Tapándole la boca.) No, calla. ¡Otra vez vas á atormentarme!

GAB. No, atormentarte no. Yo quiero que seas muy feliz.

FUEN. Sí, muy felices los dos. Mira, la noche llega. Los dos solos al *yacth*... ¡Al mar! Y aquí se quedan aquellos retorciéndose de ira. ¡Ven! ¡Ven!

GAB. Espera... Retorciéndose de ira... y nosotros felices.

FUEN. Sí.

GAB. (Pensativo.) Aguarda... me ocurre una idea...

me asalta una duda .. Para nosotros la libertad, el amor... y *él*... él .. hay un pobre ser...

FUEN. ¿Quién?

GAB. Sí... merece la condenación y el castigo... ¡pero es tan desgraciado!... Y de mí depende que no lo sea. (Pensativo.)

FUEN. Pero, ¿quién?

GAB. ¡El que rodó! ¡El que sufre! ¡Satanás!

FUEN ¡Ah! ¡Otra vez, otra vez, Jesús!... ¡Jesús!... ¡No, calla! ¡No quiero oir, no quiero oir!. ¡Tú, mi Gabriel!... tú, una inteligencia tan noble, un corazón tan hermoso .. tú, haber perdido el juicio!... ¡No ser tú! ¡Ser, no sé... una máquina de repetir frases sonoras... el fantasma grotesco de lo que fuiste!... ¡Gabriel, Gabriel! .. ¡Tener á un ser á quien se ama entre los brazos y no tenerlo!... ¡Buscar sus ojos, y no encontrar más que unas llamaradas, como si algo se estuviese quemando dentro. ¡Cadáver, resucita!... ¡Alma mía, ven. . ven... ven á mí!

GAB. ¡No quieres respetar á tu Dios, mísera criatura! (La sacude y casi la arroja á tierra.)

FUEN. ¡Gabriel!... ¡Ay, Gabriel!... ¡Si de Gabriel queda algo en ti, ten compasión de Fuensanta! (Cae sin sentido; llorando, retorciédose, sollozando desesperadamente.)

GAB. ¡Pobre mujer!... ¡pobre mujer, no me comprende!... (Se pasea, mirándola de vez en cuando.)

ESCENA XI

DICHOS y DON LEANDRO precipitadamente por el foro

LEAN. Fuensanta...

FUEN. ¿Qué? (Levantando la cabeza.)

LEAN. Valor... vienen todos... quieren llevarle.

FUEN. ¡A él!... ¡No! (Se pone en pie con nuevo arranque de energía.)

LEAN. Quieren entrar.

FUEN. Lo prohibo.

LEAN. Traen mandato del juez.

FUEN. Lo prohibo.
LEAN. Mira, suben.
FUEN. (Precipitándose á la puerta.) Sí... ¡Ah! ¡Gabriel, entra ahí, te lo ruego!
GAB. ¿Para qué?
FUEN. Para defenderte. Te lo ruego. (Llevándole hacia la derecha.)
GAB. ¡Solo!
FUEN. No lo estás nunca. Siempre estoy contigo.
GAB. Es verdad... Nunca estoy solo. (Riendo.) ¡Buena lección! Una lección á su Dios... ¡Graciosísimo, graciosísimo! (Sale.)
FUEN. (Recogiéndose el pelo destrenzado, arreglándose el vestido, poniéndose delante de la puerta en ademán trágico.) ¡A defenderle! ¡No le dejo! ¿Es mi Dios?... Pues con mi Dios. ¿Es un pobre loco?... Con mi loco. ¡No nos separan! ¡Al asalto viene la realidad podrida y miserable de su egoismo contra la locura sublime de nuestro amor! ¡Que venga!... ¡Les espero!

ESCENA XII

FUENSANTA, DON LEANDRO, DON ESTEBAN, DOÑA ANDREA, PACO, entran por el fondo. Fuensanta siempre delante de la puerta por donde salió Gabriel, cubriéndola con su cuerpo

AND. ¡Fuensanta! (Se adelantan todos. Fuensanta les detiene con el ademán.)
FUEN. ¿Deseabas verme?... ¿Deseaban ustedes verme?
EST. Sí, lo deseábamos.
FUEN. Pues aquí me tienen.
AND. ¿Y Gabriel?
FUEN. Bien... Perfectamente... como de costumbre. (Fingiendo naturalidad é indiferencia.)
EST. ¡Te admiro, Fuensanta, te admiro! Tú ignoras lo que ocurre.
AND. ¡Valor!
EST. ¡Valor, Fuensanta!
FUEN. ¡Qué tono solemne! Nos amenaza algún peligro á Gabriel y á mí, ¿no es eso?

EST. No; un peligro, no. Se trata de vuestro bien, y en rigor no hay que exagerar las cosas. Don Baltasar sufrió una terrible agresión... estuvo á la muerte (Fuensanta hace un gesto de desdén.) Así lo declaran los médicos. Si Gabriel puede presentarse en público, si es dueño de su razón, nada, entonces nada. Nosotros nos hemos anticipado, y el conflicto se resolverá fácilmente.

FUEN. Pero, en fin, ¿qué quieren ustedes?

EST. Nosotros... decirte... avisarte que va á llegar don Baltasar... que trae un mandato del juez...

AND. Y gente que lo haga cumplir.

EST Para que se presente Gabriel.

FUEN. No.

EST Será preciso. Hay que obedecer.

FUEN. Yo, no; Gabriel, tampoco.

EST. Estando bien Gabriel, ¿qué importa? ¡Ah! Si diera señales de... de extravío mental... entonces se le pondría en observación por unos días.

FUEN. Eso... eso es lo que ustedes pretenden. ¡La infame conjura!

AND. ¡Por Dios, Fuensanta! (Todos protestan.)

FUEN. Aunque así fuese... que no es... pero aunque así fuese, ¿qué le importa á nadie? Si es mío, si quiero tenerle conmigo, ¿quién tiene derecho para impedirlo?

EST. Sí, hija; el juez tiene ese derecho: en el caso que dices, sería un loco agresivo, porque quiso dar muerte á don Baltasar, y hay que tomar precauciones, hay que ponerle en sitio seguro... por ti misma... tu vida peligra...

FUEN. ¡Pero mi vida es mía! ¡si yo quiero sacrificársela!...

EST. De ese modo.. no puedes. (La rodean con solicitud.)

FUEN. (Angustiada, faltándole las fuerzas.) ¡Pero si está bien!.. ¡Si está bien!... ¡Dígalo usted, don Leandro!... ¡usted le ha visto!

LEAN. Yo... sí... es verdad.. está como siempre. (Todos dicen al mismo tiempo: «Que se presente.»)

EST ¡Pues entonces que se presente!
AND. ¡Claro... que se presente!
FUEN. ¡No... yo lo comprendo todo.. y yo no le entrego!... ¡Gabriel está en su juicio.. pero yo no cedo á esta infame conjuración! Y ahora vosotros... fuera... fuera.. ¡no quiero veros!... (Avanza terrible sobre todos; ellos retroceden)

ESCENA XIII

FUENSANTA, DOÑA ANDREA, DON LEANDRO, DON ESTEBAN, PACO, DON MODESTO, DON BALTASAR; por el fondo y se quedan fuera, pero de modo que se les ve, «dos hombres siniestros»; entre loqueros y alguaciles; algo así: indefinido, pero que da miedo

BALT. No, Fuensanta; es preciso acabar.
FUEN. Usted faltaba... usted faltaba... ¡y esos!... ¡esos!... ¿quiénes son esos?... ¡Ay, mi cabeza!... ¡Ay, mi Gabriel!... ¡Don Leandro, por Dios... por Dios!...
LEAN. ¡Sí, hija mía!...
BALT. ¡Me inspiras lástima, mucha lástima!
FUEN. ¡Hipócrita!... ¡villano!... ¡villano!
BALT. ¡Te perdono, no sabes lo que dices! No vengo á saciar una venganza, no vengo á imponer un castigo... ese desdichado no supo lo que hizo, pero hay que poner esto en claro y hay que salvarte. Vengo resuelto á salvarte.
FUEN. ¡A salvarme!... vosotros... ¿vosotros qué sois? No encuentro palabras... no las encuentro...
BALT. Entréganos á Gabriel... yo te respondo que se le tratará cariñosamente... como lo que es.
FUEN. ¡He dicho, no... y he dicho, no! ¡Y no pasará ninguno de esta puerta!
BALT. No me obligues á emplear la fuerza... (Los dos hombres del fondo avanzan.)
FUEN. ¡No... eso no! ¡esos hombres no!... ¡perdón!... ¡perdón!... ¡Me humillaré... me humillaré!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡No puedo contra todos!... ¡Ah! (Con nueva energía y resolución repentina.) Pues bien, ¿qué remedio?... cedo... como tengo la seguridad de que ha de con-

fundirles á ustedes... me someto... (Alegría de triunfo en todos.) Yo misma voy... á traerle... á entregárselo á ustedes como Judas entregó á Cristo... Sí... voy... (Va á dar unos pasos; la faltan las fuerzas y cae en el sofá.) ¡No puedo!... (Quieren acercarse, pero les rechaza. Aparte.) (¡No... yo no podría... sería un estorbo para Gabriel!) Don Leandro... vaya usted, por favor, y tráigale... (Abrazándose á él; en voz baja y rápida.) (Dígale que huya... por la puerta interior... yo iré á buscarle...) ¿Comprende usted?... ¡Que venga!

LEAN. ¡Sí, te comprendo, sí!... (¡Le salvaremos!) (Sale por la derecha primer término.)

ESCENA XIV

FUENSANTA, DOÑA ANDREA, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON MODESTO y PACO

FUEN. Y mientras viene... óiganme... todavía tengo que decirles algo. (Se acercan con curiosidad.) ¡Y ahora sí que voy á decir todo lo que pienso! No me interrumpan... (Protestando.) leo en el fondo de sus conciencias ¡conciencias!... démosles este nombre. *Yo amo á Gabriel: ustedes quieren mi oro;* para mí, mi amor; para ustedes su oro, es decir, el mío; ajustemos el precio.

BALT. Esto no se puede oir. («No... no .. no es posible», dicen todos protestando.)

FUEN. Es verdad, no se puede oir; pero puede pensarse ¡ajustemos! ¡Yo voy á morir pronto, muy pronto! No finjan tristeza, porque no les creo. Pues bien, haré testamento á su favor y me dejan á Gabriel. (Gran movimiento de protestas, pero de distinta clase que al principio.)

BALT. ¡Por Dios... por Dios!

EST. ¡Hija!... ¡Calla!...

FUEN. Y por el pronto ¡millones!... ¡muchos millones! ¡Dos, cuatro, diez... veinte!

BALT. ¡No más... no más!... (Siguen las protestas.)

EST. (A Paco aparte.) ¿Cuánto ha dicho?
PACO ¡Dijo *cuatro*!
MOD. ¡No, *diez*... no *veinte*!...

ESCENA XV

DICHOS, DON LEANDRO, agitadísimo

LEAN. ¡No está... no está .. huyó! ¡La puerta cerrada por fuera!
FUEN. ¡Ah... al fin!... ¡No está... no está! ¡Perdieron ustedes la presa!
BALT. ¿Que no está?... ¿Que huyó?...
LEAN. (A Fuensanta.) Es que no estaba... ¡es (que no le he encontrado!)
FUEN. ¡Corra usted, por Dios... búsquele, que se embarque!
LEAN. Sí... (Sale por el fondo.)
EST. ¡Aún está el *yacht*, (Asomándose á los cristales.) podemos alcanzarle!
TODOS Sí, sí, alcanzarle... (Se precipitan hablando, gesticulando con ansias de fiera hacia el fondo.)

ESCENA ULTIMA

TODOS, poco después GABRIEL por el fondo, ya completamente loco, descompuesto su traje y semblante y dando carcajadas

FUEN. (Cruzando por entre todos; precipitándose á la puerta del fondo, cubriéndola con su cuerpo, loca, desesperada.) ¡No!... ¡No pasan!... ¡No pasan!... ¡Yo defiendo esta puerta! ¡Atrás... atrás!... ¡Todo lo doy, todo; riquezas... millones... oro... cuanto quieran... mi sangre, mi vida, mi último aliento... pero no pasan!...
BALT. ¡Fuensanta, no nos precipites... sepárate!
AND. ¡Te lo suplicamos!
FUEN. ¡Pues á la fuerza... muerta, sí; viva, no!... ¡Atrás! ¡Atrás!

BALT. Pues á la fuerza. (Todos avanzan hacia ella.)

FUEN. ¡No puedo más... Dios mío!

GAB. (Se presenta en este momento y la recoge en sus brazos cuando va á caer.) ¡Fuensanta!

FUEN. ¡Gabriel! ¡Ah! ¡Gabriel! (Cae en sus brazos casi sin sentido.)

GAB. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡Yo! (Todos retroceden: Gabriel y Fuensanta en el centro: los dos hombres siniestros, loqueros, alguaciles, ó lo que sean, en el fondo con figuras estúpidas ó curiosas; los personajes arremolinados en el primer término.) ¡Ah... ya me tenéis... ya me encontrásteis... *todo el mundo me encuentra*... el que me busca y el que no me busca! ¡Ya estamos todos! ¡Todos juntos! ¡Alegría! ¡Alegría! (Con gritos y carcajadas de alegría.) ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

BALT. (A los hombres siniestros.) Apoderaos de él; el ataque de locura empieza.

EST. Sí... va á ahogar á Fuensanta entre sus brazos. (Todos avanzan sobre él; los hombres siniestros también: al ver su actitud, su mirada, su aspecto... retroceden.)

GAB. ¡A mí... á mí, llegad... llegó vuestra hora... llegó la mía! (Por detrás de la cristalería aparece un resplandor rojizo, lo mismo en la escalera del fondo y puerta que á ella conduce. Es que empieza el incendio.)

BALT. ¡Qué es eso... ese resplandor!

AND. ¡Son llamas!

EST. Es fuego. (Escena horrible de confusión. Gabriel en el centro, inmóvil, apretando contra su pecho á Fuensanta desvanecida. Todos gritan, se revuelven, á modo de condenados, corren de aquí para allá, frases cortadas, desesperación, etc., etc. Acusaciones; amenazas; se oyen confusamente estas palabras.)

AND. ¡Socorro... socorro á mí!

BALT. La puerta... no, por aquí...

AND. ¡Hijo!...

EST. ¡Condenación... paso! ¡Ah!...

BALT. ¡Miserable... las llamas!

EST. ¡Las llamas... suben, entran!

AND. ¡Dios mío... compasión!

EST ¡Maldito!.. (Todos los personajes como locos.)

GAB. (Entre los gritos y la confusión y el incendio que crece y las llamas que entran, impasible, inmóvil, abrazando á Fuensanta y mezclando sus gritos y carcajadas á los de los demás.) ¡Sí... malditos... malditos! ¡Llegó la hora... el castigo... la purificación! ¿Dijisteis loco? ¡Pues loco... vuestro Dios... el loco Dios!... ¡Gabriel no es Gabriel, es el loco Dios... el loco Dios! (El y Fuensanta quedan al parecer envueltos por las llamas. Telón.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.
El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.
Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.

A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa

Entre dolora y cuento, monólogo.

El moderno Endymión, ídem.

El canto de la Sirena, ídem.

El preferido y los cenicientos, drama vulgar ó escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguieura.

Precio: DOS pesetas